

GENII

sociología
ciencia - literatura

9
umario

B. Milla: Europa y América en la encrucijada del mundo.—A. F. S.: ¿Puede resolver la técnica el viejo problema del hambre?—José Peirats: Pequeña excursión por el mundo de principios de siglo.—Eugen Relgis: Del actual renacimiento anarquista.—Vamos por buen camino.—Eugenio Sallés: Un relato.—Su Majestad el Terror.—Ugo Fedeli, André Maille, Albert de Jong, K. I. Lénholm, J. A. R.: Encuesta.—En torno a la etapa revolucionaria de 1936.—Felipe Alaiz: Variantes del Romanticismo español.—C. Milosz: El cine.—Varsovia villa indómita... traicionada.—Benjamin Franklin: De todo un poco.—La muela.—Alex Comfort: Sobre la delincuencia.—José Echegaray: El trabajo del periodista.—Héctor: La ciencia, el arte y la libertad.—Adolfo Hernández: Diagrama.—Mi amigo Arcadio.—Marqués, Jacinto Benavente, Antonio Machado, Victorio Macho, P. Carreño, José F. Montesinos, Léon Felipe y Navarro Tomás: Manifiesto de los intelectuales españoles contra Maraño.

gosto
1952

20

REVISTA MENSUAL



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

El hombre ha sido capaz de escalar las más elevadas cimas. De generación en generación se acumulan y transmiten los tesoros de los conocimientos hasta llegar al estadio de nuestro siglo, prodigio de la técnica y de la industrialización. Hemos sido capaces de sacudirnos el estigma de la mayoría de las enfermedades que azotaban antiguamente a los pueblos, diezmando espantosamente a los pobladores. Nos hallamos en vísperas de una cruzada a fondo contra los últimos reductos de la ignorancia de la humanidad. Pero no hemos sabido inmunizarnos contra el azote de la guerra que es una de las más antiguas plagas conocidas. El instinto bélico es una de las pasiones más primitivas del hombre. El progreso general de la sociedad no ha podido nada contra esta reminiscencia de la animalidad. Por el contrario, las guerras se generalizan en extensión y se convierten en más refinadas y crueles en la medida en que la sociedad avanza más y más por la ruta del progreso.

El autor de nuestra portada ha sabido plasmar con su arte el instante más significativo que sigue al clima de la tempestad guerrera, en que los caídos, que dejaron de ser enemigos para quedar hermanados en el seno común de la madre tierra, reciben, cuando la reciben, la modesta recompensa de una cruz blanca.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Peirats, Ferrer.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENIT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H-G.).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año II

Toulouse, Agosto 1952

N.º 20

EUROPA Y AMERICA EN LA ENCRUCIJADA DEL MUNDO

YA se firmó el tratado militar entre Uruguay y Estados Unidos. Antes lo había hecho Chile, y de cualquier otra manera, antes todavía, otros países americanos. Y han de seguir las firmas, es decir, debe continuar la preparación de la guerra, que es para lo que se trabaja hoy en el mundo.

Toda esa faramalla de tratados evidencia dos aspectos fundamentales de una misma cuestión: 1.º, que se trabaja para la guerra, y 2.º, que el conflicto en gestación va a abarcar todas las zonas del mundo. Este hecho último confirma la profunda escisión entre un mundo unificado por la técnica y dividido por los sistemas políticos; entre una civilización que acorta las distancias, propicia el mutuo conocimiento, favorece la interrelación entre los pueblos, pero es incapaz de crear una estructura política de acuerdo con su más íntima condición. De esta fisura abismal surge el encono conflictivo y la destrucción.

Las potencias de primer orden son aquellas que aceleran el proceso de desintegración. Son, también, las más industrializadas y mejor provistas de recursos. En América, este «rol» le corresponde a Estados Unidos, y su política se impone a todo el continente como una resultante fatal de su poderío. Démonos cuenta que la guerra moderna cobra su aspecto totalitario y universal al intervenir recursos técnicos de incontrastable eficacia. Hasta podría suponerse que el desenlace inevitable del poderío industrial es la guerra, pues todo poderío es expansionista por naturaleza y tiende a realizarse sin remisión.

La simbología del hitlerismo estuvo representada en la ciega creencia de los alemanes en la incontenible superioridad de sus tanques y sus cañones. La sugestión del poderío industrial obró sobre el espíritu alemán todas las aberrantes creencias en una misión histórica indefinible. Con otras variantes, se reproduce el proceso en las grandes potencias actuales, Rusia y Estados Unidos. Por lo que atañe a la primera, liquidados los ideales que inspiraron la Revolución, ha terminado el proceso de

corrupción psicológica de su pueblo creando toda una simbología de la Patria, el Destino profético del pueblo ruso y su temperamento invencible, apoyada en el mito de la industrialización, los cañones y los tanques. La culminación de ese proceso es su política agresiva, aplicada en vastas zonas de ocupación.

Con una diferencia rica en matices observables, el poderío norteamericano sigue desarrollándose y su órbita de influencia se extiende cada día más. Sobre la proverbial influencia económica que ejercían en los países latinoamericanos, tiende a acumular continuamente nuevos y significados alardes de su poder. Los tratados militares en curso no cubren otra finalidad que la de sumar a su omnimoda voluntad el sentimiento de pueblos no preparados ni moral ni materialmente para la guerra. De esto último ya se encargarán las enormes fábricas norteamericanas, pero lo primero les será difícil de conseguir. Aunque, como a todo poder, le basta con la obediencia, y de obedecer se encargan perfectamente los gobiernos y gobiernillos de América latina.

La moraleja que podemos extraer de esta situación en marcha no será tal vez optimista. La realidad nos sitúa frente a problemas cuya raíz está ya bastante atrás en el tiempo, y cuyas manifestaciones actuales son de una magnitud capaz de confundir a cualquiera, pero el primer paso hacia la solución es su comprensión misma. Aquí, en América, mucha gente se pregunta el por qué deben someterse a una voluntad alejada de su sentimiento, y algo así ocurrirá en Europa, donde tantos hombres deben estar ya de vuelta de los prestigios bélicos, tras las dolorosas experiencias vividas. Sobre todos esos puede apoyarse una acción eficaz y sólo su voluntad unida puede paralizar el monstruoso crecimiento de los colosos modernos. Y en el estímulo a esa voluntad de unión para la paz está nuestro primordial trabajo, al mismo tiempo que nos esforzamos por clarificar la atmósfera social denunciando todos los gérmenes de desintegración.

B. MILLA

Ayuntamiento de Madrid

¿Puede resolver la técnica el viejo problema del hambre?



VIVIMOS en un mundo rico? ¿Vivimos en un mundo pobre?

Antes de la segunda guerra mundial, la respuesta más probable habría sido esta: «Vivimos en un mundo pobre, no por falta de potencial económico sino por culpa de un mecanismo irracional de producción y de distribución de las riquezas. Las máquinas podrían colmar todas las necesidades abundantemente. Pero el sistema capitalista, por un lado, traba el rendimiento de las máquinas, y por otro, llega hasta el crimen de destruir cuantiosos bienes con objeto de encarecer el mercado. Todo esto se debe a que la economía capitalista no funciona al servicio de las necesidades de la comunidad sino al servicio del dinero. No es una economía de consumo social sino una economía de mercados.»

Hoy estas sentencias sonarían a lugar común algo envejecido.

Sin embargo, los hechos observables daban la razón a estos asertos. Era exacto que las conveniencias de los negocios privados sofocaban los progresos técnicos para no tener que realizar nuevas inversiones en maquinaria; y era también verdad que se quemaban o se tiraban al mar o se perdían de mil modos masas de productos. Entretanto, millones de seres humanos pasaban hambre y sufrían otras penurias. El sistema económico proveía de medios de pago en cantidad insuficiente y se obstinaba en crear la escasez pudiendo crear la abundancia.

Aquellos axiomas, mil veces repetidos, enmascaraban probablemente el fondo de la cuestión. El mundo no era potencialmente tan rico como se creía. Era un mundo pobre. La tesis optimista valía, y sólo en parte, para América del Norte y para ciertas regiones de Europa, pero no para Extremo Oriente y otras zonas del planeta donde millones de criaturas penaban en un nivel de subsistencia miserable, no sólo por culpa del sistema económico vigente sino también—y sobre todo—porque se carecía de medios materiales (incluso tierra) y técnicos eficaces para alimentar a esas enormes muchedumbres.

Después de la segunda guerra mundial se ha inaugurado una era pesimista en cuanto a la apreciación de los recursos para satisfacer las necesidades humanas, en particular la primera de todas: el alimento. Aquel clérigo británico, celoso guardián de la despesa, que aconsejaba la moderación de los nacimientos, ha sido reivindicado. Con idéntico empeño, quizá con más insistencia aún, se nos abruma ahora (es uno de los temas preferidos) con el vaticinio del hambre. Economistas y sociólogos se detienen morosamente en esta materia, con una

predilección que tal vez tenga algo también de exagerado. «Se cree — dice un libro publicado por la Oxford University (*Four Thousand Million Mouths*) — que la población del mundo alcanzará, en vida de nuestros hijos, la cifra de 4.000 millones de personas. Actualmente (1952) cuenta con unos 2.300 millones y crece, al parecer, un 1 % cada año. ¿Cómo nos arreglaremos para alimentar a 4.000 millones de seres humanos?»

Y es exacto que el número de pobladores del planeta crece en proporciones formidables. Europa triplicó sus habitantes desde el año 1800 para acá. En la *Historia de la Economía* de Neuraath y Sieveking, publicada por Labor (Barcelona 1926), tomo I, vemos una apreciación censal de los habitantes del Imperio romano en el año 14 de nuestra Era (pág. 112). Según el cómputo de Woytinsky (naturalmente nosotros sólo podemos referirnos a esa autoridad pues no sabemos gran cosa del asunto) el Imperio sólo tenía 54 millones de habitantes: España 6 millones, Italia, 6 millones, Galia, 3.400.000, Grecia 3 millones, etcétera. Hoy, esa misma superficie territorial—Europa, Asia y África romanas—debe reunir unos 400 millones de seres humanos.

Por supuesto, los habitantes del Imperio romano, siendo muy pocos, relativamente a las cifras actuales, eran demasiados. Casi siempre hubo en el mundo «demasiado» gente. Es decir: demasiado si se atiende a los alimentos y demás riquezas disponibles. El hambre y las otras miserias están lejos de ser alguna novedad. La única novedad sería es que ahora hay menos hambre y menos miseria que en el pasado.

Lo que verdaderamente encontramos nuevo, es la preocupación porque la gente sufra. Esto sí que es interesante. La literatura de otras épocas es curiosamente ciega para la miseria popular. Diríase que no la veían los autores. Pasaban junto a ella despectivamente, en un estado de desatento semisueño, no le hacían caso. Eso era todo. Incluso la condenaban como una especie de crimen vulgar, o la satirizaban y se reían de ella. Las referencias literarias dan la impresión de que el autor supone que los padecimientos vulgares no son verdaderamente sentidos, como ahora no nos preocupa por ejemplo, que los peces, en tal o cual parte del mar, sufran penurias por la escasez o la extinción de la especie de que se alimentan. Es decir: salvo si esos peces son un alimento necesario para nosotros, pero no consideramos su caso desde el punto de vista del pez.

Un rasgo típico de nuestro tiempo es la conciencia de los pueblos, de las muchedumbres, de todos los individuos, del hecho económico público. Sobre todo, nunca ha existido una moral del «nivel de vida». Ahora sí existe. Por eso se piensa en el mo-

do de alimentar a las generaciones futuras. Antaño ni siquiera se pensaba seriamente en la manera de alimentar a las generaciones presentes. Ese es el verdadero asunto.

En otro tiempo, un gobierno podía desenvolverse en medio de la negra miseria nacional, sin que nadie se extrañase ni encontrara motivos mayores de reproche. Hoy no. Cuando un simple viajero cualquiera, aunque sea un viajero de avión, el más distraído de todos, el que menos ve, naturalmente, se da una vuelta por ahí, trae enseguida noticia del «nivel de vida». Nos dirá si el hombre común está bien o mal alimentado, bien o mal vestido, si goza de atenciones sanitarias, culturales y otras, si las viviendas son «confortables». Es casi lo primero en que se fija. Esta sensibilidad para lo que se llama «nivel de vida» constituye una verdadera moral. Como lo es igualmente la «moral del adelanto». El defecto en estos órdenes produce vergüenza, como un pecado, como una falla ética y un fracaso colectivo. El buen «nivel de vida» determina, por el contrario, una apreciación de respetabilidad, un juicio ético favorable para las sociedades. La vergüenza alcanza por supuesto—y con razón—a los gobernantes y a las clases directoras, pero también a las víctimas pasivas de la incuria directora. La pobreza es una deficiencia moral.

En otros tiempos quizá no fuera desconocida la idea de cierta responsabilidad de los gobernantes respecto al bienestar público. Creo que, más o menos, está implícito este sentimiento en la República de Platón (aunque en rigor la República de Platón no aspiraba a la prosperidad sino al orden ético, y por eso se recomendaba la pobreza, si bien una pobreza digna, no excesiva, y se repudiaba la opulencia). También hallamos el rastro de este concepto en el ideal del «príncipe cristiano» que se preocupa por la felicidad de sus súbditos. Sin embargo, hoy ya no se trata de alcanzar una medianía decorosa con fines metafísicos ulteriores sino que cuanto mayor sea la abundancia, más noble y alta la jerarquía de una colectividad.

Creo que esta nueva actitud moral es lo que estimula en gran parte la preocupación por el futuro. De otro modo, se hubiera dado por supuesto, como aun sucede en Oriente, que es naturalísimo que haya hambre y penuria ahora y siempre.

Por lo demás existe un motivo para este cambio de sentimientos o modos de pensar. Un motivo no caprichosamente interior sino externo, asentado en la objetividad misma. Y es que, desde los comienzos de la Revolución industrial, se empezó a dar por hecho que existían medios suficientes para hacer el bienestar de todos los hombres. Sólo faltaba organizar, disponer bien las cosas para lograrlo. Es el presupuesto lógico anterior al socialismo a todos los socialismos. La justicia social nace de que se cree posible repartir no ya la miseria sino la riqueza común. De no haber tal riqueza común, repartir no tendría sentido.

Al parecer, el axioma de la riqueza potencial del mundo moderno es lo que se ha puesto ahora de moda combatir. ¿Por qué? Diríase que la civilización occidental quiere cultivar todos los pesimismo, incluso éste, o se aspira, por diversos motivos, a desalentar ilusiones muy fuertemente enraizadas.

En realidad, a pesar de que quizá nunca se logre satisfacer las necesidades de todos los hombres, esto no autoriza a ser precisamente pesimistas si comparamos la situación presente con el pasado. Ignoramos, naturalmente, si en realidad habrá modo de hacer frente al problema del crecimiento de

la población. Hemos leído muchas soluciones. Las más cautas, fundan una moderada esperanza en el aprovechamiento de nuevas tierras, en la difusión de los métodos de cultivo adelantados, que sólo se practican en pocos países, en la utilización de materias orgánicas procedentes del mar. Las más audaces ponen su confianza en la técnica, a la que fían la posibilidad de sintetizar los hidratos de carbono y quien sabe si las proteínas y cambiar la fuente de los alimentos, transfiriéndola de las limitaciones del ciclo vegetativo y la tierra a la industria, siempre más elástica.

En todo caso, aun cuando sea inevitable que la humanidad padezca en el futuro, como ha padecido siempre, la penuria de alimentos, el mismo formidable crecimiento de la población prueba que la técnica ha incrementado prodigiosamente los medios de subsistencia del hombre. Hay más: no sólo dispone hoy la humanidad de mayores riquezas absolutas sino que la mayoría de los individuos, en nuestra época, disfrutan de bienes de consumo y comodidades que no soñaron sus antepasados y gozan de nuevas satisfacciones negadas incluso a las clases privilegiadas de otras épocas, aparentemente más optimistas o más despreocupadas del problema económico.

Por lo que se refiere a Europa y América estas verdades no pueden ni siquiera discutirse. Hasta el siglo XVIII la miseria de la mayoría de la población europea era aterradora. Vauban, el hombre de Estado francés, evaluaba el gasto medio del obrero agrícola, padre de dos niños, en 90 libras por año. De esa suma, 60 libras se consumían en la mixtura (mezcla de trigo y otras harinas de menor calidad), 8 en sal, 15 en el pago de los arrendamientos y otras necesidades menores, 3 a 6 libras en los impuestos. Estos datos permiten calcular que la alimentación consistía en 400 gramos de pan de trigo y 400 de centeno por día, unas 1.500 calorías. Los primeros años de la Revolución industrial no produjeron un mejoramiento sensible (el incremento de la riqueza se destinó a ser capitalizado que es un modo de expresar la explotación inaudita de los trabajadores. Sin embargo, transcurrido el primer tercio del siglo XIX, el bienestar popular se había elevado mucho. La parte del pan en el presupuesto familiar, alrededor de 1700, representaba un 68 por 100; en 1830, ya había bajado al 50 por 100 en el campo y al 35 por 100 en la ciudad. Cuando, a mediados de siglo, la capitalización había dotado al mundo de maquinarias y elementos capaces de producir para el consumo, el mejoramiento de las condiciones de vida se hizo sentir aceleradamente. Hoy, en Europa Occidental, el pan sólo absorbe un 3 por 100 del presupuesto obrero; en Nueva York, representa la mínima cifra del 1 por 100. Esto significa que el saldo de riqueza disponible para otras necesidades permite un nivel inconcebiblemente alto en comparación con los tiempos anteriores a la Revolución industrial.

Los datos que citamos proceden de una reseña publicada por Impac (Vol. III, N° 1) al comentar el libro *Machinisme et Bien-Etre* de Jean Forestier (Les Editions de Minuit, París 1915). El autor ejemplariza con Francia, pero sus informaciones valen para cualquier otro país de civilización occidental, con pequeñas diferencias. Resulta que un espejo de 4 metros cuadrados representa en el año 1702 no menos de 40.000 horas de trabajo y se vendía en 2.750 libras francesas; en 1845 se necesitaban para producir el mismo espejo 6.900 salarios horarios y el precio de venta había bajado a 1.245 francos; en 1905 el valor comercial quedaba disminuido hasta

60 francos, doscientos salarios horarios. «Medido con relación a los espejos, el poder de compra había sido mejorado de 1 a 200.»

El éxito de la técnica en cuanto al aumento de la riqueza absoluta de las comunidades modernas y al bienestar de los propios individuos, es un hecho patente y avasallador. La técnica ha provisto a la humanidad de cantidades de energía colosales, que por cierto, no aplica, en la proporción deseable, a satisfacer las necesidades fisiológicas, culturales y otras de índole parecida, sino que una parte considerable de esa energía se destina a aumentar el poder militar y se dilapida en colosales guerras, y en parte también se pierde en múltiples fricciones internas del mecanismo económico. Pero, de todos modos, el mejoramiento de las condiciones de vida de la humanidad contemporánea, en comparación con el pasado, atropella toda duda respecto a los beneficios de la técnica en este orden de la realidad.

La historia podría ser explicada en términos de energía, sin recurrir a otros factores. Evidentemente, sería una explicación insuficiente, y en el fondo, falsa. Pero menos falsa que cualquier otra reducción de los hechos sociales a términos simples. La civilización, el bienestar, el poder, la cultura, la hegemonía de los imperios, se corresponden sensiblemente con la energía de que podían disponer las sociedades correspondientes.

El milagro griego, considerado en términos de energía, es el producto, por lo que se refiere a Atenas, su foco más brillante, de 400.000 esclavos cuya energía hizo posibles los ocios de 20.000 ciudadanos, entre los que figuraban los pensadores, los artistas, los poetas, los hombres de Estado, y todas las luminarias de la cultura ateniense. Esto significaba que cada habitante libre de Atenas disponía de 2.000 kilovatios hora por año. El habitante de la tierra, en la actualidad, es mucho más rico pues tiene a su disposición 5.000 kilovatios hora, y un norteamericano goza del trabajo de 70.000 kilovatios que pocos magnates de la Antigüedad han disfrutado. Se calcula que un norteamericano de nuestros días cuenta con una media de fuerza de trabajo equivalente a 700 esclavos romanos.

Este prodigio se ha realizado gracias a un largo proceso de aprovechamiento de la energía tomada en fuentes ajenas al músculo humano. En la Antigüedad casi toda la energía utilizada procedía de esta fuente, es decir, del hombre mismo. Incluso los animales de tiro aliviaban muy poco al hombre en sus tareas porque no se sabía uncirlos debidamente, y sólo se empleaban con eficacia en la guerra. Por otra parte, la penuria de alimentos hacía que no se gastasen el lujo de mantener bestias de trabajo, prefiriendo destinarlos al consumo humano. La Edad Media, en este aspecto como en tantos otros, fué una época muy progresiva, y entre otros inventos, da a luz el molino de agua, el molino de viento, mejora los procedimientos agrícolas, inicia la utilización de la pólvora. Es inimaginable lo que esto significó para la liberación del hombre de las tareas más penosas, como la molienda de los granos.

En Don Quijote de la Mancha encontramos dos testimonios de estos adelantos que representaban ya, en aquel tiempo, un aprovechamiento liberador de la energía en cantidades muy considerables. Uno de estos testimonios es la aventura del barco encantado, cuando Don Quijote y Sancho están a punto de caer en el salto de agua de una aceña, es decir, de una fábrica de harinas, un molino grande, cuya turbina, el rodaje, los hubiera destroza-

do. El otro caso es el de la aventura de los batanes. Los batanes eran máquinas que utilizaban la fuerza de gravedad del agua, pero no ya para moler el grano sino con otros fines industriales: abatanear los paños (industria textil) y mazar el hierro (metalurgia). Don Quijote se llevó un susto: aquel artefacto era una importante novedad y su ruido horrísono, en el silencio de la noche, resultaba muy extraño y pudo asustar a tan valeroso caballero.

El invento de James Watt, la máquina de vapor, y la aplicación de esa forma de energía química (en suma, la combustión, que produce luego la expansión física) de agua, el vapor lanzaría, a partir de 1770, la Revolución industrial, y transformaría las condiciones de vida del mundo entero.

A fines de siglo, otro salto: la invención del motor de explosión (energía química igualmente, pero mucho más condensada, al incendiar un combustible más rico). El motor de explosión hace posibles muchas cosas: llevar al campo la Revolución industrial, descentralizar la industria mecánica porque este motor es pequeño y cuesta menos, revolucionar el transporte (automóviles y aviones).

Ahora estamos en los comienzos del aprovechamiento de la energía atómica. En un artículo de W. Tirapolsky (IMPACT, cit.) vemos el siguiente cuadro de rendimientos:

1 kilogramo de agua que cae de un metro de altura libera 1/427 de caloría.

1 kilogramo de pólvora negra que explota libera 800 calorías.

1 kilogramo de gasolina libera al quemarse 12.000 calorías.

1 kilogramo de uranio 235 podría liberar, en la fisión, unos 15 mil millones de calorías.

Pero la energía es vida. Por consiguiente, en principio, el futuro económico de la humanidad, suponiendo que subsista la civilización industrial, no es precisamente negro. Sin embargo conviene hacer algunos distinguos que generalmente se olvidan: no es lo mismo aplicar la energía a producir alimentos que artículos industriales. Estos pueden ser fabricados con mucha más elasticidad, sobre todo cuando utilizan materias primas minerales abundantes. Los alimentos, por ahora, dependen de la tierra, del cielo y del ciclo vegetativo y aún no se sabe (atraso de la biología) usar con suficiente eficacia la energía para aumentar los rendimientos. Por otra parte, cuando se comparan unidades o cantidades, peso o volumen de artículos producidos, en el pasado y actualmente, será preciso tener en cuenta la calidad. Hoy la calidad es, en muchos casos, peor. Por consiguiente, debe hacerse una rebaja (menor duración, peor aprovechamiento). Hay más datos a tener en cuenta. Las estadísticas desnudas, pues, no reflejan la verdad, y no conocemos, por otra parte, ninguna estadística en que jueguen estos factores debidamente. Quizá no pueda hacerse con exactitud sino refiriéndose (esto sí, sería posible) a una época muy próxima, a una etapa de la Revolución industrial, en alguno de sus estadios anteriores.

De todos modos, aun con esas rebajas, las ventajas de la máquina y las esperanzas que en ella se puedan fundar, son grandísimas, y soportan cualquier descuento.

Tal vez se exagera hoy, como se exageró antes en sentido contrario, respecto al futuro económico del hombre. Nunca hubo tiempos felices. Acaso no los haya jamás. Pero los tiempos del mañana, considerados en el aspecto económico, pudieran no ser peores que los mejores del pasado (cuando menos) y hay la posibilidad de que se viva una vida de

PEQUEÑA EXCURSION POR EL MUNDO DE PRINCIPIOS DE SIGLO



CUANDO nos paramos a contemplar las hondas transformaciones producidas en lo que llevamos de siglo, nos damos cuenta de la vertiginosa velocidad que adquieren los acontecimientos. A medida que nos acercamos históricamente a nuestros días, los hechos se desarrollan con mayor rapidez. En esta segunda mitad del siglo XX, diez años equivalen a un

siglo de la Edad Moderna y a varios siglos de la Edad Media. Constatamos, pues, que la vida humana adquiere de vez en vez mayor celeridad. De ahí el espectáculo curioso que se ofrece a nuestra mirada cuando columbramos, retrospectivamente, el pasado. He aquí algunos ejemplos rebuscados, incoherentes si se quiere, como ratificación del curioso fenómeno que ofrece del diapasón de la vida.

En agosto de 1905, la escuadra francesa del norte rendía visita oficial a los soberanos de Inglaterra. Con dicho motivo, el rey Eduardo VII pronunció un discurso en el que dijo: «Espero que vuestra visita a las aguas británicas afirme los buenos sentimientos entre ambos países, y estoy persuadido que su principal ventaja será el mantenimiento de la paz entre nosotros.» Este acontecimiento formaba parte de los ajeteos diplomáticos que condujeron a la carnicería de 1914.

Los comentaristas de la época clausuraban los festejos con este incisivo colofón:

«Quien recuerde la rivalidad secular entre Francia y Gran Bretaña comprenderá toda la importancia de este hecho que pone fin a todo un período de historia política e inicia otro muy diverso. Hace apenas pocos años, durante la guerra anglo-boer, las relaciones entre Francia e Inglaterra eran talmente tensas que nadie pensaba en la posibilidad de una próxima reconciliación.»

Habiase concluido por aquellos días la paz entre Rusia y el Japón, atribuida como éxito personal del presidente norteamericano Teodoro Roosevelt.

inéditas ventajas. La técnica lo promete. Pero no todo es economía. La técnica actúa en muy diversas direcciones y—como siempre sucede—no en todas sus formas de incidencia es buena. En algunos aspectos es mala, y siempre peligrosa. No hay cosa que no se pague en este mundo, y ninguna dádiva deja de esconder su caballo troyano. Esto, sin embargo, es otra cuestión, y sólo debe inducirnos a rechazar dos beaterías: la beatería FILO-NEISTA (amante de lo nuevo) del progreso y la beatería MISONEISTA (que odia lo nuevo), el pesimismo técnico, que ahora está de moda. Nada de beaterías.

A. F. S.

El 14 de septiembre fué establecido el armisticio en Manchuria. Bien que humillada, Rusia recibía la paz como un alivio. Los nacionalistas japoneses hacían estallar el descontento en Tokio, en donde se produjeron manifestaciones públicas seguidas de violentos choques. He aquí lo establecido en el artículo II del Tratado de Paz:

«Su Majestad el Emperador de Rusia reconoce los preponderantes intereses, desde el punto de vista político, militar y económico del Japón en el Imperio de Corea, y estipula que Rusia no opondrá ninguna clase de resistencia al gobierno, protección o control que el Japón creyera necesario tomar en Corea, de acuerdo con el gobierno coreano, pero los súbditos y las empresas rusas estarán sujetas a las mismas condiciones que los súbditos de los otros países.»

El Japón se había rebelado como nueva y respetable potencia y recababa su parte de influencia en los negocios del mundo. Las clásicas primeras potencias halagaban al nuevo concursante, festejaban su amistad y la misma Inglaterra, ante la expiración de la vieja alianza, trataba de afirmarla con otra más firmemente articulada.

«Es la primera vez desde los tiempos modernos—escribía un cronista—que mediante una gran guerra un pueblo de raza blanca resulta vencido, no bajo el peso aplastante del número, ni accidentalmente, ni por sorpresa, sino a través de operaciones de larga duración y de vasta envergadura, en tierra y sobre el mar.»

A últimos de septiembre la capital de España se preparaba para la esperada visita del presidente de la República francesa, al decir de otro cronista, «como la muchachas sucias y holgazanas que sólo se asean cuando esperan la visita del novio». Se haría entrar a Mr. Loubet en Madrid, no por donde debiera, o sea por la Cuesta de San Vicente, la cual, así como la plaza de San Marcial y la calle de Bailén, a pesar de su proximidad a Palacio, eran un paroxismo de descuido y de suciedad. El alcalde había ordenado la revocación de fachadas de los principales edificios de las vías escogidas para el desfile presidencial. Igualmente se vallarían los solares abandonados, se repararía el empedrado y se emperifollarían los jardines públicos.

Barcelona estaba por entonces ocupada en comentar el último atentado anarquista. Una bomba había estallado el 2 de aquel mes en plena Rambla de las Flores, causando dos muertos y varios heridos los cascos de cemento Portland del artefacto. «La ira contra los anarquistas—dice el cronista de turno—es general y grandísima hasta el punto de que el público, momentos después de la catástrofe, intentó linchar a uno de los heridos creyendo que era el autor del atentado.»

Felizmente no pudo cargarse a cuenta de los

anarquistas el terrible terremoto que sacudió por aquellos días a Calabria. El único anarquista era allí el Stromboli, que ya en 1783 había hecho de las suyas.

A mediados de agosto, otro terremoto devastaba la isla de Juan Fernández, la más aislada del océano Pacífico, en la cual, según se ha venido afirmando, pensaba Daniel De Foe cuando escribió su «Robinson Crusoe».

Todo no eran estampidos ni temblores de tierras. Franz Fridberh, en libro entonces reciente, evocaba los sonidos mágicos de Paganini. El gran violinista había muerto relativamente joven y había dejado una fortuna de más de dos millones de liras, lo que palidecía ante el prodigio de su arte, tenido en el tiempo y después de su tiempo, por sobrehumano.

«Su técnica fenomenal—decía «Il Secolo XIX» de Génova—, el tono sobrenatural de su violín, había talmente sorprendido a sus colegas que Charles de Beriot, el más grande violinista de su tiempo, cuando oyó por primera vez a Paganini, se levantó a mitad del concierto y se puso a gritar ante el público devotamente atento: «—No puedo comprender: este hombre es un milagro». Nadie pudo comprender nunca cómo era posible obtener de las cuerdas de un violín común tonos que parecían repiques de campanas y acordes que parecían producidos por toda una orquesta. En París, se hallaba cierta vez entre el público un viejo maestro de música que había quedado ciego. En plena audición preguntó éste a su acompañante:

—¿Cuántos son los que tocan?

—¿Cómo!—dijo el acompañante.—Uno solo.

—¿Te burlas?

—¡No, no, digo la verdad.

El viejo maestro escuchó aun un poco más; después, levantándose, tomó a su acompañante de la mano y dijo:

—¡Vámonos! ¡Todo esto es sobrenatural!

La contrapartida del genio de Paganini era su desmedida avaricia. Semanas antes de su muerte, postrado en cama, apostrofó a la criada que había tenido la malhadada ocurrencia de prepararle asado un pichón:

—¡Ma Teresa, tu voi mandarmi a mendicare!

Otro de los acontecimientos de últimos de noviembre de 1905 fué la noticia de que la Academia de Estocolmo había concedido el Premio Nobel al ilustre profesor de Histología y de Histoquímica de la Universidad de Madrid, don Santiago Ramón y Cajal. Era éste de los primeros paladines de la ciencia moderna que iba a llamar la atención más allá de las fronteras españolas. Uno de los mejores comentarios que se escribieron entonces en España remataba con estas palabras:

«Nuestra alegría es hoy grande y se comprende. La consagración de don Santiago Ramón y Cajal es un timbre de gloria para nuestra España, y seguro estoy que mientras lanzamos las campanas al vuelo para manifestar nuestro gozo, el eminente profesor habrá recibido la noticia solemne con serena tranquilidad; en el seno de su familia, a la hora del almuerzo o de la comida, habrá referido el fausto suceso sin darle ninguna importancia, y después se habrá encaminado a paso lento y to-

mando el sol, a su laboratorio del Museo de Velasco para continuar allí la batalla que diaria y continuamente riñe en pro de la ciencia universal.»

Y ya que hablamos de auténticas glorias nacionales no estará de más consignar aquí la extinción en el cielo estelar de la intelectualidad española, de la que fué estrella de primera magnitud. Nos referimos a la muerte, en ese movedizo año de 1905, del gran prosista, poeta, filósofo y crítico Juan Valera. Treinta y seis años contaba Valera cuando le eligieron miembro de la Academia Española, con motivo de cuya recepción leyó un discurso acerca de «La poesía popular como ejemplo del punto en que debieran coincidir la idea vulgar y la idea académica». Conocía a fondo el griego y el latín clásicos y hablaba o traducía perfectamente varios idiomas corrientes. Tradujo directamente del griego «Dafnis y Cloe» y a Goethe y Shakespeare de sus lenguas originales. «Pepita Jiménez», la más pulcra de sus novelas, fué traducida inmediatamente al inglés, alemán, portugués, polaco, bohemio e italiano. Otras de sus obras son: «Morsamor», «Garuda o la cigüeña blanca», «Genio y figura», etc. La última que escribió llevaba por título «Terapéutica social».

El gran crítico Leopoldo Alas, uno de los más competentes, severos y temidos que ha tenido España, escribió:

«Valera se parece a nuestro Quevedo, Hurtado de Mendoza y Garcilaso que corrían el mundo estudiando la vida en las cortes extranjeras, amaban en diferentes idiomas y manejaban las armas o la política de las altas esferas. Es un literato como aquellos astros mayores de la rica poesía inglesa del Renacimiento, como el conde Sievney, como Sydney y como Spencer.»

Por su parte, Menéndez Pelayo valoraba su obra de filósofo diciendo:

«Si Valera publicase juntos en un volumen los artículos que tiene escritos bajo el rótulo de «Metafísica a la ligera» no sé yo cuántos españoles de este siglo podrían pasar por más filósofos que él, en aquella filosofía que se saca de las reconditeces del espíritu propio, no en la que se elabora zuriendo trozos de Kant, de Hegel o Krauser, Santo Tomás, San Severino o Prisco.»

La prosa de Juan Valera ha sido considerada por la posteridad como digna reliquia y sucesión cer-vantina. De aquí aquel epitafio:

«Cuando Cervantes murió
Su pluma desapareció
Por donde los astros van.
¿Y sabéis quién la encontró
Dos siglos después? Don Juan.»

No hemos hecho más que arañar un poco en la superficie feraz de este principio de siglo cuya incipiente prometedora ha hecho abortar una crisis de crecimiento convertida en morbosa por la petulancia, la frivolidad y el desequilibrio mental de unos pocos hombres, posesos de ambición autoritaria y suicida.

José PEIRATS

DEL ACTUAL RENACIMIENTO ANARQUISTA

VAMOS POR BUEN CAMINO



A historiografía de los movimientos sociales, que tienen como principio central la lucha contra todas las formas de autoridad gubernamental y como aspiración, a la vez efectiva y racional, la libertad, ha sido deficiente desde largo tiempo, o, por mejor decir, en estado embrionario. Mientras que el socialismo científico ha coordinado sus materiales ideológicos e históricos, pretendiendo, por sus numerosos sociólogos y especialistas

en bio-bibliografía, «ser una ciencia», los que querían estudiar objetivamente las concepciones y las acciones de los representantes de las numerosas manifestaciones libertarias (anarquistas y, por conexión, pacifistas y humanitaristas) debían investigar personalmente, en condiciones difíciles frecuentemente, y utilizar los materiales dispersos, fragmentarios, y tratar de ver un poco más claramente en la gran confusión de los hechos, nombres e ideas.

Hoy podemos apreciar la gran importancia de los primeros ensayos de coordinación, en el vasto dominio de las doctrinas y acciones libertarias, si leemos el tan documentado libro, escrito con una comprensión fraternal por Rudolf Rocker, sobre Max Nettlau, considerando a éste como Heródoto de la Anarquía. Que un solo hombre haya conseguido, durante una larga vida—privado del confort y de las facilidades reservadas a los pseudo-sabios oficiales—, acumular una inmensa documentación y redactar, gracias a su excepcional capacidad de trabajo, la serie de obras sobre precursores tales como Bakunin, Malatesta, Reclus, sobre la época decisiva de la Primera Internacional, sin contar los innumerables artículos y ensayos, realizar también una vasta bibliografía de la anarquía, desde los primeros tiempos hasta nuestros días, es una proeza intelectual que honra grandemente la memoria de Nettlau, y nos indemniza de las bajas, injusticias, horrores y criminales indiferencias de que hemos sido testigos y víctimas desde la primera a la segunda guerra mundial.

¿Quién es hoy el sociólogo o historiador que, deseando ser objetivo, pueda ignorar la contribución fundamental de Max Nettlau? He dicho hace algún tiempo, tras haber visitado en Viena a ese austero trabajador (véanse mis «Peregrinaciones europeas», 1930), y he repetido en mis conferencias en Buenos Aires («Tres Conferencias», 1949) lo que debemos a Nettlau. Y en el prefacio a la versión definitiva de su ensayo: «La paz mundial y las condiciones de su realización» (Ediciones Humanidad, Montevideo, 1950), escribí que más tarde—tras la avalancha del material de propaganda imprimido a continuación de las «obras completas» por los numerosos institutos marxistas, leninistas y stalinistas—los historiadores y los sociólogos «buscarán la verdad oculta bajo la montaña de papeles, cual el filón de oro en las entrañas de la tierra y, entre los raros testimonios de nuestra época dominada por las guerras y los regímenes de feroz dictadura, que han rechazado todo compromiso con doctrinas oscurantistas y con los amos sanguinarios actuales, sur-

girá la alta silueta, ascética, firme, con sus ojos claros y penetrantes, dulces pero de una implacable lucidez, del que fué Max Nettlau».

Insistí en aquel prefacio sobre nuestro deber de coordinar los documentos legados por Nettlau y de publicar todas sus obras (algunas todavía en manuscrito), para ayudar a los otros investigadores a continuar la obra de este gran historiador, dotado de una clara concepción del mundo (Weltanschauung), y de un espíritu crítico que se ha mostrado frecuentemente profético. Este sentimiento de deber moral hacia el gran precursor, estaba «en el aire»; pues, poco después, el libro de Rudolf Rocker sobre Nettlau apareció en México bajo los auspicios de los compañeros de «Tierra y Libertad» y de «Estela».

Un centro de estudios con el nombre de Nettlau fué fundado en Italia y, al mismo tiempo, la sección bibliográfica de archivos y ediciones de la Comisión de Relaciones de la Internacional Anarquista de París, se ha fijado como tarea preliminar la reedificación de la bibliografía del anarquismo empezada por Nettlau, y la publicación de sus obras, preocupándose al mismo tiempo de realizar las bibliografías de Malatesta, Ferrer, Gori, Rocker y muchos otros.

«Esta Comisión, formada como resultado del Congreso Internacional de París (noviembre de 1949), en el que se decidió la fundación de bibliotecas-archivo en París, Bruselas, Carrara y Montevideo, tiene una gran misión que implica, cual me ha comunicado su secretario, un trabajo paciente, devoción y conocimientos bastante profundos sobre la materia a tratar. Podemos esperar los mejores resultados si tenemos en cuenta que la sección bibliográfica de la C.R.I.A. cuenta con la colaboración de Hem Day («Pensée et Action» de Bruselas), Ugo Fedeli (quien tiene a su cargo los archivos de Italia, quien nos ha dado a conocer algunos capítulos de su «Historia del Movimiento Anarquista en Italia», y quien ha publicado ya una amplia bibliografía de Malatesta a la fin de la obra de Luis Fabbri sobre la vida y el pensamiento de su gran compañero y amigo, reeditado por «Volontà» y «Studi Sociali»), André Prunier (quien fué director de «L'Espagne Nouvelle»), F. Aláiz (autor de «Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas» y desde hace más de treinta años uno de los más brillantes colaboradores de la Prensa anarquista española y, además, traductor de Max Nettlau), Dionysios (A. García, director de «Estudios», de Valencia, que recientemente ha dirigido la revista CENIT, que continúa apareciendo en Toulouse, gracias al equipo de choque compuesto por Fontaura, J. Peirats, autor de la importante obra «La C.N.T. en la revolución española», y J. Ferrer, director del periódico «CNT»), Luis Louvet, de «Ce qu'il faut dire» (que ha empezado a publicar su «Historia mundial del anarquismo», con documentos sabiamente comentados), Aristides Lapeyre (el brillante conferenciante y orador francés), Koechlin (autor de un importante estudio sobre la Comuna de París, publicado en Bale, en alemán), Ildefonso, animador de la Sección B.A.E., el profesor Oiticica (redactor de «Ação Direta», de Río de Janeiro y autor de varias obras de di-

vulgación anarquista), Jaffery, de Surrey (Inglaterra), Costa Iscar (traductor y comentador de Han Ryner) y Rudolf Rocker, cuyos consejos e indicaciones son tan preciosos.

Por mi parte he aceptado por invitación de la Sección B.A.E., de aportar mi modesta colaboración. No se trata de empezar. Es un trabajo que data de largo tiempo (en mis revistas «Umanitatea», Jassy, 1920, «Cugetul Liber», 1927, y «Umanitarnismul», Bucarest, 1928-30), el cual continúo en este rincón suramericano, Montevideo, donde me encuentro refugiado desde fin de 1947. Tras mi colección «Humanidad», de estudios sociales y ensayos literarios, he podido organizar la sección de la biblioteca-archivo internacional (B.A.I.A.) gracias a donaciones de libros, folletos, colecciones de periódicos, revistas, etc.

Es asaz satisfactorio y hay que esperar que esta biblioteca se convertirá en un centro de documentación y de estudios (especialmente en lo que concierne a los movimientos libertarios de América latina), al mismo tiempo que un depósito para mantener al abrigo de peligro los documentos de Europa expuestos, como se ha visto durante la guerra, y bajo el dominio de las dictaduras a ser, si no destruidos, confiscados al menos e inutilizables. Yo me propongo ampliar la bibliografía libertaria y anarquista con las fechas concernientes a los hechos y las ideas humanitaristas y pacifistas emparentadas, por su verdadera naturaleza, a los movimientos basados sobre las concepciones antiautoritarias.

En cuanto a la América del Norte, puede citarse, por lo que respecta a documentación libertaria, la rica colección que J. Labadie ha donado a la Universidad de Michigan, largo tiempo administrada por Agnes Inglis. Y en lo que concierne a los dominios tan variados y controvertidos del pensamiento y acción pacifistas, existe en Swarthmore College (Pensylvania) una gran biblioteca cuyo núcleo compone la herencia de Jeanne Addams, Premio Nobel de la Paz y primera presidente de la «Liga Internacional de Mujeres para la Paz y la Libertad». Esta biblioteca va desarrollándose gracias a los desvelos de Ellen Starr Brinton y a las donaciones recibidas de todas partes, salvándose así preciosos documentos, especialmente durante la última guerra.

Concretando, todas estas bibliotecas-archivo no pueden ni deben quedar convertidas en «cementerio del pasado», en polvorientos montones de papeles amarillentos, consultados por algunos cuantos raros eruditos o curiosos, cual son, en su mayoría, las bibliotecas más o menos oficiales. Si nuestras bibliotecas son centros de estudios deben ser al mismo tiempo fuentes de donde brote la verdad, la potencia de la acción, el impulso de la fe, la confianza en un porvenir de paz, de justicia y de libertad para las muchedumbres trabajadoras y para los intelectuales activos, que no son simples parásitos de una cultura reservada a los solos privilegiados de una sociedad dualista o monopolista.

Y, por otra parte, no debemos limitarnos, en nuestras investigaciones, a nuestras propias bibliotecas-archivo, que se encuentran actualmente en su primera infancia. Hay que buscar la libertad por todas partes, sobre todo en las bibliotecas obedientes a la iniciativa desinteresada. Para dar algunos ejemplos citemos en primer lugar el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, que dirige el profesor Posthumus y donde se encuentran las colecciones de Nettlau recuperadas en gran parte en Alemania, adonde fueron transportadas por los invasores nazis. Mencionemos también el gran centro bibliográfico del «Mundaneum», de Bruselas. Paul Olet fué durante largos años su devoto animador (véase el capítulo que le he consagrado en mis «Peregrinaciones europeas»); es un ejemplo de lo que se puede hacer, a pesar de las adversidades y de la indiferencia «oficial», cuando se permanece firme en las posiciones e iluminados por una concepción universalista y fraternal de la vida y de la cultura. Y en París, donde no escasean las bibliotecas y archivos constituidos por las «Sociétés Savantes» o por los amigos de los grandes escritores (*Archives des Amis de Roman*

Rolland, Cahiers des Amis de Han Ryner, bajo la dirección de Luis Simon, etc.), se puede consultar la biblioteca del Instituto Francés de Historia Social (Courbevoie-Seine), cuyo secretario general es J. Maitron.

La obra de este último, «Historia del movimiento anarquista en Francia» (Société Universitaire d'Éditions et de Librairie, París, 1951), nos ha dado ocasión para concluir este artículo con las mejores esperanzas para los estudios concernientes a las ideas y a los antiautoritarios. Un jurado presidido por el profesor Renouvin, miembro del Instituto, director de los Estudios de Historia en la Sorbona, asistido de G. Bourgin, director de los Archivos de Francia; E. Dolléans, profesor de la Escuela de Francia de Ultramar; E. Labrousse y V. L. Tapie, profesor de la Sorbona, ha concedido a J. Maitron el título de doctor en letras con mención muy honorable por la tesis recién editada bajo el título más arriba indicado. Es un hecho harto significativo. El anarquismo ha dejado de ser ese tema que la «gran Prensa» relega habitualmente en el rincón infamante de los «hechos diversos», para pasar a ser un objeto de estudio en las más altas esferas universitarias de Francia. Si existen cursos especiales sobre el marxismo-leninismo-stalinismo en casi todas las universidades, ha llegado el tiempo de conceder a la historia del anarquismo toda la atención que merece.

No sé todavía si J. Maitron es un militante libertario y cuál es la opinión de la prensa anarquista sobre su libro. Pero leyendo este compacto volumen de 744 páginas en octavo, puedo expresar mi opinión diciendo que se trata de un trabajo digno de ser conocido por nuestros compañeros. Es con un alarde de paciencia y gracias a una vasta y sistemática documentación, buscando todas las fuentes posibles, incluso en los archivos oficiales (que no pueden consultarse, como es sabido, sino los papeles que datan de más de 50 años), que el autor ha conseguido ofrecernos, por un breve período de 34 años, uno de los hechos más movidos, una visión general sobre el anarquismo en Francia, sobre sus precursores, sus grandes militantes, sobre las obras teóricas y las numerosas acciones, más o menos esporádicas, en relación, también, con los demás movimientos sociales. Debemos reconocer en J. Maitron el mérito de haber expuesto de una manera clara, sucinta y con una evidente objetividad, una verdadera historia, conforme a las reglas de investigación ideológica y bibliográfica. Maitron reconoce la importancia de los trabajos de Max Nettlau, al cual cita con frecuencia y las «colaboraciones preciosas» de E. Armand en lo que concierne a los capítulos consagrados al individualismo anarquista y al ilegalismo; de Pedro Monatte, sobre las relaciones entre el anarquismo y el sindicalismo; del profesor J. Baby, en el capítulo concerniente a la filosofía libertaria y al punto de vista marxista. El autor ha podido también consultar los archivos personales del Dr. Pierrot, de J. A. Costa, recibir las confidencias de militantes, tales como Marios Jacob y Ch. d'Evray, encontrar las colecciones de H. Zisly, Paraf-Javal, Jean Grave, etc. Menciona también las «facilidades excepcionales» que le otorgaron el profesor Posthumus, director, repito, del Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam y todo el personal, lo mismo que los directores de diversos archivos de Francia donde ha encontrado documentos inéditos. Sin embargo, no vacila en declarar que ciertas rebuscas no han dado resultado positivo.

En conjunto, a nuestro juicio, se trata de un trabajo de primer orden, de una contribución esencial a la historia de un movimiento en que se descubren, entre tanto silencio y errores, deformaciones y calumnias, sus verdaderos aspectos ideológicos, sus obras, que surgen del olvido, sus autores, que vuelven a encontrar el sitio de honor que tienen merecido. Los resúmenes de los textos, las confrontaciones, los paralelismos entre diversos autores sobre el mismo tema, o concernientes a otros movimientos, la profusión de notas con observaciones que depasan el interés para el simple bibliógrafo, hacen de la «Historia del movimiento anarquista en

Francia» una obra agradable y muy instructiva, no solamente para los militantes y los simpatizantes, sino para todo sociólogo e historiador que no debe ignorar, por espíritu sectario, uno de los más característicos fenómenos sociales de Francia.

Si la «Historia de la Anarquía», por Alain Sergent y Claude Harmel (Edit. Le Portulan. París, 1949, 450 páginas) nos ofrece un panorama a vista de pájaro y descrito con talento literario y una justa intuición de la realidad; si este libro hizo resucitar bajo nuestros ojos las grandes figuras de la anarquía, desde sus precursores ingleses y alemanes (Godwin, Stirner, etc.), hasta Proudhon y Bakunin, sin olvidar las corrientes sociales y las ideas que conducen de la revolución de 1848 a la Comuna de París y finalmente al gran combate en el seno de la Primera Internacional, debemos reconocer que todas estas realidades se encuentran en la obra de J. Maitron bajo forma de documentos clasificados, resumidos y confrontados. Alain Sergent y Claude Harmel no han ignorado esta documentación; ellos la han examinado antes, evidentemente, pero el lector no puede sospechar, bajo los brillantes aspectos de sus evocaciones históricas (que no carecen por cierto de detalles biográficos y psicológicos) la clase de trabajo de erudición y de selección que han debido realizar ambos autores.

En J. Maitron, este trabajo es tanto más evidente y también meritorio. La tabla analítica de materias nos lleva del nacimiento de un movimiento—el espíritu libertario a través de las edades, el padre de la anarquía P. J. Proudhon, mutualismo, colectivismo, antiestatismo, federación jursiana, la Primera Internacional, la Comuna de 1870—a los diversos aspectos de este movimiento, en dos etapas: de 1880 a 1894 (los militantes, la Prensa, la «acción individual», Viena, Clíchy, la era de los atentados, el proceso de los Treinta), y de 1894 a 1914 (los anarquistas y los sindicatos, el proceso Dreyfus, la dispersión de las tendencias, los medios libres, el ilegalismo, el «partido» y su organización). Muy interesante para la crítica social es la última parte consagrada a la confrontación entre la «filosofía libertaria» y el marxismo, cuyos puntos esenciales no podemos indicar aquí; es un material útil para los empeñados en descifrar la gran confusión «ideológica» y la mescolanza social-política de nuestros días.

La parte bibliográfica de esta obra comporta 200 páginas: fuentes de origen, manuscritos, periódicos y diarios, libros y folletos, sin olvidarse, al fin, de las obras relativas al anarquismo cuyos autores son ajenos al movimiento. Esta bibliografía es, creemos nosotros, un modelo en el género; si ella no agota el tema, pues ciertas fuentes son todavía inabundantes o inhallables, es una preciosa contribución al plan de trabajo bibliográfico de la C.R.I.A. Ya podríamos estar satisfechos si pudieran realizarse con respecto a Italia, España (sobre todo), Alemania, Rusia (a pesar del triunfo del bolchevismo), los países anglosajones y escandinavos, Austria, Suiza, etc., obras de historia y de bibliografía tan amplias, concienzudas e instructivas como la de J. Maitron. Es cierto que con respecto a ciertos países, como Rumanía, el tema puede quedar esquematizado en veinte páginas (como he hecho yo en mi artículo aparecido en el primer número de CENIT—Toulouse, enero, 1951—; pero con respecto a otros

pequeños países, tales como Bulgaria, con sus acciones tan variadas y populares (tolstoísmo, anarcocomunismo, cooperativismo agrícola, etc.), esperamos la historia que ha de decirnos lo que significa la lucha por la libertad en los rincones lejanos y todavía ignorados de Europa.

Para resumir, hay que reconocer que vamos por el buen camino. Se ha empezado, o más bien dicho, se ha recommenzado el gran trabajo encaminado a reunir, clasificar, coordinar y seleccionar el material de un movimiento cuyos orígenes—podemos proclamarlo sin modestia—son tan antiguos como la aspiración misma de los individuos y de los pueblos hacia la libertad. Durante muchas generaciones y siglos esta aspiración ha sido asfixiada, como la brasa bajo la ceniza, por la opresión brutal de la tiranía del Estado por el obscurantismo dogmático, por la violencia desencadenada por los malos pastores que creíanse predestinados a «salvar» a la humanidad, cuando de hecho no defendían otra cosa que su «patria», su partido, su iglesia, su clase, sus intereses egoístas de privilegiados. Existe en este siglo XX una de las formas más monstruosas del totalitarismo, del absolutismo del poder gubernamental, político y guerrero. Pero se notan los síntomas de que esta opresión pretendidamente democrática o colectivista empieza a ser rechazada por el instinto vital individual y de los pueblos, por ese instinto de libertad cuya forma social es la asociación, el apoyo mutuo bajo el signo de la paz y de la humanización progresiva de nuestra especie.

Si asistimos a este renacimiento del estudio histórico y de la clasificación documental y bibliográfica de los movimientos antiautoritarios, es porque este renacimiento corresponde a un hecho real. Los hombres empiezan a comprender la verdad y buscan la vía libre para poder arrojar al fin las cadenas de la esclavitud política y económica y la de la ignorancia de su propio pasado, de su presente, tan sangriento todavía, y de su porvenir lleno de promesas. Lo que necesitamos los combatientes por la liberación humana, los investigadores de verdades vivientes, es la comprensión mutua, la tolerancia que no sabe de capillas dogmáticas y de partido «único». Sabemos que entre nosotros no se necesitan credenciales para poder expresar lo que se piensa. Si a través de la Prensa libertaria se puede discutir sin censura sobre la cuestión de la violencia y de la revolución; si García Pradas puede escribir páginas «virulentas» sobre la crisis del anarquismo y, por otra parte, Alex Comfort y Herbert Read publican libros sobre la patología del Poder y llamamientos a la conciencia del individuo, para hacerle apto contra toda opresión; si, en fin, Gaston Leval, en su ensayo sobre Marx y Bakunin, llega a la conclusión de que hay que escoger entre el dogma político y el humanismo libre, podemos estar contentos.

Vamos verdaderamente por el buen camino y esperamos poder llegar finalmente a lo que el autor de los «Viajes de Psicodoro», el sabio y sonriente Han Ryner llama, como corolario de sus largas y serenas meditaciones sobre la vida y sobre los hombres, «la paz entre las ideologías».

Eugen RELGIS

(Trad. de J. P.)

UN RELATO

SU MAJESTAD EL TERROR



L despota oriental, hijo del Sol y de la Luna, amo de vidas y haciendas, está sentado en su sillón de bronce, despachando los negocios de Estado.

—Señor—le dice su primer ministro, hincadas las rodillas en el suelo y puesta la boca en la grada del trono, besándola humildemente. Y luego de aquel sagrado nombre de Señor, pronuncia algunas palabras que, por la postura cuadrúpeda del cortesano no llegan al alto oído del Monarca.

El Monarca, metiendo bruscamente la punta de su babucha entre el tapiz de la grada y la frente del Visir, se la levanta de un fuerte puntapié.

—Alza ese hocico, que así no te oigo. ¿Qué dices?

El ministro, lamiendo la babucha que medio le había roto la nariz, contesta sonriente:

—Señor, perdón mil veces. Hablaba en voz baja y desde tan bajo lugar, primero por reverencia y después porque quisiera hundir en la tierra la espantable novedad que traigo. Hay en la plebe, y aun más arriba, vasallos viles que murmuran de la sabia política de Vuestra Majestad.

—¿Y qué valen ellos para osar hablar de mí? ¿No soy yo dueño? ¿Murmuran acaso mis caballos y mis camellos del trato que les doy?

—Señor, no tienen lengua que hable.

—Pues corta las suyas a esos vasallos para que queden iguales todas mis bestias. Y tú, siervo procaz, paga con la cabeza la avilantez de censurarme indirectamente, dándome a entender que hasta mis camellos murmurarían de mí si tuvieran palabra.

—Señor—dijo ocho días después otro primer ministro que substituyó al decapitado—; Señor, si Vuestra Majestad no se enojara con quien quiere servirle y guardarle...

—¿Me dirás también que los villanos murmuran de mí? Pues, ¿con qué, si les cortaron las lenguas?

—Pero les dejaron las manos, y es peor, porque conspiran para armarlas contra el Augusto.

—¿Y por qué y con cuál pretexto, si no hice más que mutillarlos pudiéndolos matar?

—Debieran estar agradecidos a la excelsa piedad.

—Pues entonces, ¿quiénes se quejan?

—Hay algunos que no han visto con gusto la muerte de mi antecesor.

—¿Me lo dices para predisponerme a no hacer lo mismo contigo? Pues sería mejor alegrarte, antes que dolerte, de la decapitación de tu antecesor, porque por ella eres ministro.

—Ciertamente, Señor, que fué decisión sapientísima.

—No sentirían tampoco esa decapitación los que desean la tuya para sucederte.

—Señor, es la plebe ruin que amaba al muerto.

—¡Mentira! Embusteros los que, para imponerse al amo, fingen popularidad y hacen de ella escudo de su defensa. El pueblo no ama nunca a quien le gobierna: le teme mientras manda hoy o puede mandar mañana. Por eso, los políticos que parecen adorados cuando vivos y amenazadores, son olvidados pronto cuando muertos o inofensivos. Sé bien mi lección y mi oficio y no pretendo el amor de mi pueblo: me basta con su temor para regirlo. ¿Qué otras malas noticias traes?

—Señor, ninguna. No sería osado a venir con las malas como no viniese a la vez con las buenas para compensarlas. Ningún ministro leal puede hablar a su Señor de conjuraciones de no traerlas descubiertas y castigadas. Tengo encerrados a los conspiradores.

—Sé claro y preciso en la pronunciación. Equivocas y truecas las letras.

—Señor, ¿cuales?

—La e y la t. Dices *encerrados*, debiendo decir *enterrados*.

El primer ministro, no lerdo, sino muy avisado y precavido, enmendó el discurso saliendo al paso con sutileza irónica:

—Tanto vale lo uno como lo otro; porque, ¿qué es el encierro con la tierra y la losa?

La enmendadura, de puro sutil, se quebró en las tragaderas del Monarca, desconfiado y suspicaz, como lo es todo tirano; porque viviendo de agravios a la razón, a la conciencia y a los hombres, sabe que la razón condena, la conciencia persigue y los agravios le acechan. Y averiguando seguidamente el embuste, llamó al verdugo y le mandó decapitar al embustero. Volvióse luego al verdugo, diciéndole:

—Toda esta gentuza es blanda: dejará caer de sus manos la autoridad y el imperio, los cuales, cercados de enemigos, se sustentan sobre pilas de cabezas cortadas. Tú eres hoy mi primer ministro.

—Recuerde Vuestra Majestad que no sé más que cercenar cabezas.

—Por eso precisamente te nombro.

—Tendré que dejar mi infamante oficio.

—El más noble en mi Estado, donde el verdugo es el guardador de la paz pública. ¿Qué es eso de dejar tu cargo? Al revés, lo duplicas y lo robusteces, siendo a la vez primer verdugo y primer ministro.

—Señor, tengo un escrúpulo.

—¿Tú? ¿Desde cuándo?

—Desde ahora. Si yo, primer ministro, merezco algún día ser decapitado, ¿qué deberé hacer yo, primer verdugo?

—Ejecutarte por tus propias manos.

—¿Y cómo yo, sirvo miserable, venceré a mis propios enemigos?

—Preguntas demasiadas tonterías. ¿Cómo has vivido siempre? Por la sangre ajena.

—Mis enemigos son opulentos: el oro hace la guerra quizá mejor que el hierro.

—¿Piensas que el oro les llueve de las nubes? Lo sacan de la tierra, bien de la mina, en pepitas de oro puro, bien transmitido a las mieses, que parecen de oro y en oro se truecan. El fuego abrasa las mieses; el hacha siega las cabezas. Así gobernarás.

Y así gobernó a sangre y fuego el sicario, por ferocidad suya y por instigación de su bárbaro Monarca.

Aquel Estado no era grande: componíanlo pocas ciudades y no muchos miles de súbditos embrutecidos por la tiranía oriental.

Produjeron las primeras matanzas un movimiento de dolor; el dolor sus naturales quejas; las quejas nuevas matanzas; las nuevas matanzas otro movimiento, ni de dolor ni de enojo; el enojo ira en el sicario; la ira terceras muertes, y las muertes repetidas otro movimiento, ni de dolor ni de enojo, sino de revuelta y rebelión declarada. El fuego siguió a la cuchilla, y fueron incendiadas las ciudades, derruidas las viviendas, arrasadas las campiñas, muertos los pobladores, y con ello acabaron los enojos y se apagaron las rebeliones en aquél que era sólo campo de ruinas y sepulcro abierto de toda una nación.

—Toma mi cadena de oro en albricias. Has sido el mejor y más fiel de mis ministros: has restaurado el orden; no oigo ya el molestísimo clamoreo de mis vasallos. ¡Hermosa paz y sosiego venturoso! Llama a mis asustadizos cortesanos, los que se escondieron en los sótanos como conejos al ladrido de los perros. Llámalos.

—Señor, no responderán.

—¿Son acaso desobedientes?

—Lo eran, y por serlo decapité ayer a los seis últimos.

—Nombra nuevos servidores para mi palacio.

—No hay de donde sacarlos: la ciudad está desierta, vacía, como el palacio.

—¿Y sus moradores?

—Muertos, y los que no muertos, huidos a tierras extrañas.

—Trae para poblar mi corte las mejores gentes de mis provincias.

—¿No vendrán tampoco: eran rebeldes.

—¿También huidos?

—Los que no, muertos. He cumplido puntualmente las órdenes soberanas. La paz es con Vuestra Majestad: nadie se opone a su absoluto imperio. Salga mi Señor de las torres bien guardadas de palacio; recorra las calles sólo y sin temor a insultos de la plebe, ni acechanzas de los magnates, ni clamor de los doloridos.

Así hablando y andando iban Monarca y ministro por la ciudad muda: tristes y torvos se tornaban, con lo que veían los ojos de aquel tirano que antes se alegraban con la sangre y la desolación... Pensaba cuán imaginaria y de ningún valor es la autoridad si no tiene objeto en qué emplearse ni sujeto a quien mandar. Y contestando a esa lamentación mental, repetía las palabras del verdugo ministro.

—¡Nadie ni nada se opone a mi absoluto imperio, es verdad! ¡Imperio! ¿Sobre cuáles cosas y personas? ¿Qué más hicieran contra mí los que querían destronarme? Si ellos

me eran desleales, ¿qué eres tú, que me has destronado indirectamente, dejándome sin vasallos a quienes gobernar? Mereces la muerte, y a tí, verdugo, mando que la ejecutes. ¡Ejecútate!

—Señor, Vuestra Majestad me reprende y castiga porque maté los vasallos. ¿Cómo quiere, pues, que le mate el único que le he dejado?

En esto llegaron a un bosque, donde había tantos cadáveres como árboles, porque de cada uno pendía un ahorcado. Los buitres revoloteaban con fuertes aletazos y roncós graznidos, clavando los picos en la carne podrida.

—Estos fueron los de mi guardia, los que me defendían: ¡eran leales!—exclamó entristecido el señor.

—Tan leales que prefirieron morir a faltar a su juramento de obediencia; y se ahorcaron antes que cumplir las órdenes de matanza.

—Hicieras tú lo que ellos y yo tendría súbditos. Te he ordenado que te ejecutes.

—Ejecútame tú si puedes.

—¿Qué hablas y cómo hablas? ¿Qué es esto de tutear a tu amo?

—¿Ves aquellos buitres que se pelean fieramente por la carne de los muertos? Pues es seguro que cuando graznan no se dan tratamientos diferentes. El más fuerte es el superior. Aquí estamos en plena naturaleza: échame la garra como aquel buitre y te reconoceré como autoridad. Tus garras eran esos guardianes fenecidos.

—Pues, ¿por qué me obedecías antes?

—Por eso, por miedo a tu fuerza: ahora no tenemos ni tú fuerza ni yo miedo. En desquite de tantas humillaciones como sufrí siendo esclavo, y en satisfacción de tantas ambiciones como sentí siendo ministro, quiero ahora gustar una vez el sabor de la soberanía.

—¿Vas a cebarte en mí como esos buitres? ¿Vas a degollarme?

—No cometeré como tú la necedad de privarme de los vasallos. Toda esta tierra es nuestra: nuestros son sus bosques, sus ríos, sus frutos, sus palacios. Tú mandarás en mí un día; yo mandaré otro día en tí. Seremos emperador y vasallo alternativamente.

—¿Y no respetas mi jerarquía, mi historia?

—Por ese respeto te permito escoger el día primero en que has de reinar. Si no te conviene el pacto, déjame; quedamos en mutua libertad. Manda solamente en tu caballo, que tú mismo ensillarás, y en tu campo, que tú mismo cultivarás.

El Monarca, sintiendo irresistiblemente el apego y el gusto del mando, dijo filosóficamente:

—En verdad, qué más vale ser tirano algún día que no serlo nunca.

—Pero mira mucho el trato que me das, considerando que esa te daré yo en mi reinado—observó el verdugo.

Refiere la crónica oriental que ambos fueron en adelante, y alternando, súbdito obediente para tener luego derecho a la obediencia y monarca justo, para tener derecho a la justicia, enseñado de que no habría tiranías de terror, altas ni bajas, si déspotas y revolucionarios tuvieran su turno de obediencia y su vez de gobernación, y considerarían que quien está arriba puede caer, y quien abajo, puede subir.

Eugenio SALLES

ENCUESTA

En torno a la etapa revolucionaria de 1936

DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA ALGUNOS ASPECTOS



ACAR conclusiones—que es poco más o menos lo que se propone la encuesta promovida por CENIT—sobre el conjunto de la obra desarrollada, no solamente por la Revolución española sino especialmente por el anarquismo, es todavía demasiado prematuro. Porque en realidad para poder establecer lo provechoso o negativo de la obra de los libertarios en los grandes acontecimientos ocurridos en España de 1936 a 1939, sería necesario tener ante los ojos una visión total de la obra, pues sólo la suma de la labor desarrollada puede permitir establecer el Debe y Haber, apreciar lo bueno y lo menos bueno.

La Revolución española empieza de manera decisiva en 1936. Era el resultado de una larga y tenaz labor, no sólo de propaganda sino de lucha y de sacrificio; tanto es así que cuando se quiera establecer la importancia de la influencia anarquista sobre los últimos acontecimientos habrá que examinar también los precedentes, porque son éstos los que han preparado y formado a los hombres y determinado los acontecimientos decisivos que imprimieron una característica tan particular al período 1936-1939.

Pero es necesariamente indispensable, en primer lugar, trazar un panorama completo de los acontecimientos. Pues de lo contrario, deslumbrados por cualquier detalle, nos encontraremos en la imposibilidad de apreciar e incluso de descubrir todos los puntos interesantes, tanto como las eventuales insuficiencias y también errores, desde el punto de vista libertario se entiende.

Creo, no obstante, que son muy pocos los que conozcan en su conjunto la complejidad de tales acontecimientos y que, siquiera, puedan aportar una contribución válida a la fijación de los datos positivos y negativos de nuestra acción particular. En realidad, desgraciadamente, nos encontramos faltos todavía de una tal cantidad de material histórico documental para hallarnos en medida de aportar un juicio desapasionado, que creo caracteriza a todo lo existente, antes de emitir afirmaciones categóricas.

Sobre la revolución española, sus tentativas, su desarrollo, sus defectos, sus errores y dificultades, nos encontramos faltos de obras basadas en los hechos y en los documentos incontrovertibles. No pretendemos todavía detalles sobre la misma—transcurrirá todavía mucho tiempo antes de que pueda empezarse a estudiar o sólo examinar en detalle los varios hechos que componen este gran acontecimiento histórico—, sino sobre el conjunto de los hechos, de modo que sobre ellos cada cual pueda formarse una idea clara y pre-

cisa, así como sobre las varias actividades y los diversos aspectos y acontecimientos de la revolución, para estar en condiciones de poder formular un juicio sobre cuanto ha ocurrido, sobre lo que pudo haberse hecho o no. Según mi criterio, se carece aún de las bases esenciales que puedan facilitarnos una visión de conjunto capaz de presentarnos toda la obra desarrollada por los libertarios en la revolución y por la revolución española. Por todo esto nos encontramos en la casi imposibilidad de poder exaltar demasiado el buen trabajo realizado, la obra remanente, la huella dejada, válida siempre para las experiencias futuras, aunque también sus defectos y errores, que será forzoso estudiar para poder deducir las causas que los han engendrado e inclusive poder evitarlas o eliminarlas en el futuro.

Antes que toda otra cosa, sería utilísimo poder hacer converger nuestros estudios y esfuerzos en posibilitar el cumplimiento de esta labor, que en parte podría ser lo iniciado por los compañeros de la C.N.T., cuyo primer volumen ha aparecido hace ya algunos meses, obra ésta que podría ser, de llevarse a término, una base bastante sólida sobre la cual poder trabajar, porque los elementos de juicio resultantes fueron surtidos por documentos seguros que muestran una base elevada, una labor completa, una crítica efectiva y, en fin, con tal obra veremos colmada también una profunda laguna que de dejarse pasar más tiempo iría profundizándose, porque muchos de los documentos y recuerdos, posible todavía de encontrar y de evocar, mañana estarán completamente perdidos. De todos modos, la encuesta planteada por los compañeros de CENIT, tiene mucha importancia en el aspecto que tiende a estimular a los expertos de los acontecimientos y cosas de España, a buscar, sea en su documentación particular o en los recuerdos vividos, tanto en el campo de la lucha como en el de la creación de formas societarias nuevas, lo que de esencial debe ser destacado, tanto por lo bueno como por lo malo, sin olvidar nunca poner de relieve lo malo, lo inútil, lo que pudo ser evitado y no se hizo.

Para una mejor comprensión de nuestra idea y de la propia profundidad de la lucha que desenvolvemos para la creación de formas nuevas de convivencia social, no debemos presentar solamente lo bueno de las tentativas en las que participamos, especialmente si aquellos acontecimientos tienen el alcance de una verdadera, profunda y radical revolución como ha sido la de España; y también presentar las derrotas que comportan casi inevitablemente movimientos de la envergadura e importancia de aquél, y que podemos decir que representan el eterno contraste, el deslinde entre «el ideal y la realidad» de una revolución. Porque insistiendo siempre y únicamente sobre cuanto ha sido bueno, dejando a la sombra lo demás, pronto o tarde lo bueno y lo bello queda cubierto con la sombra de lo demás. Tanto es así que para que la idea y el principio de una revolución

verdaderamente innovadora de los sistemas político-económicos y de las relaciones sociales, sea siempre viva y eficaz en su aspecto de renovación, mejorando constantemente las relaciones entre hombre y hombre y entre éste y la sociedad, aun en el campo de la violencia, debemos evitar acallar los aspectos menos bellos y las adherencias nocivas que la práctica, o una mala interpretación de los fines y de los medios, pueden habernos llevado a realizar.

Dire, para empezar, que no debe hablarse demasiado de la lucha, verdaderamente épica, sostenida por el pueblo español y animada por los elementos libertarios, en defensa de la propia libertad y por la afirmación de un intento de sociedad mejor, que un grupo de generales, sostenidos por algunas potencias querían, como al fin consiguieron, aplastar, bien que esta lucha tiene páginas que no se pueden olvidar, que no podrán nunca ser borradas.

No nos paremos ahora demasiado en examinar por qué la guerra no podía desenvolverse sino en las condiciones menos favorables para los revolucionarios. La reacción contaba con hombres incomparablemente mejor armados, mejor organizados y expertos en el arte de la guerra. Y lo que era peor: éstos eran ayudados en su obra reaccionaria por la incapacidad de las autoridades gubernamentales que se reincapacitaban partidarias de la revolución, y nunca vióse tanta pequeñez de espíritu aliada a tanta incapacidad, mezquindad y bajeza. De la ineptitud del gobierno, que en ninguna parte de España hizo la más pequeña cosa para impedir o hacer abortar la insurrección fascista, y que, iniciada la lucha, estorbó con toda clase de obstáculos la reacción del pueblo, hay quien no está todavía bien convencido. Sobre este aspecto se ha hablado ya largamente y se seguirá hablando bastante todavía. La lucha no hubiera asumido seguramente una forma tan épica si al pueblo le hubiese faltado la levadura, el sentido social y libertario que le había proporcionado más de medio siglo de actividad y de propaganda libertaria. Es, pues, buscando y potencializando tales elementos que podremos hallar la verdadera y profunda razón que condujo y sostuvo a estas masas en la lucha, les dieron la capacidad de resistencia y les proporcionaron también, la experiencia para el porvenir. Y es siguiendo su estela que deberá trabajarse si se quiere que los acontecimientos del pasado no queden borrados. En fin, también, porque hablar de la lucha, aunque ésta sea grandiosa, su exaltación contiene en sí gérmenes que podrán, tener, y en realidad comportan, serias degeneraciones. A mi criterio, éste es ahora un punto importante.

La guerra, la idea de la guerra, de sus necesidades y exigencias, es una especie de filtro venenoso y degenerador de todo cuanto acaece en torno de ella, particularmente de todas las posibles tentativas en el campo creador de nuevas formas sociales. Al igual que en España, también en otros países la situación creada por la guerra falseó el sentido de las realizaciones y su propio contenido. La violencia será siempre el veneno más terrible contra el bienestar general. También en España, cuando se quiso organizar el ejercicio de la violencia se empezó por amenazar realmente a la misma revolución.

La guerra, que no se había buscado, que había sido impuesta, era uno de los medios de defensa que tenía el pueblo para resistir a la presión contrarrevolucionaria; pero la guerra absorbió toda la voluntad e hizo desviar la revolución, pues no había otro camino a escoger. Pero los libertarios españoles—y esto en el campo de la lucha contra la expansión de la influencia guerrera era indispensable—, intentaron desintoxicar inmediatamente el ambiente social y contrarrestar la obra del militarismo resistiéndole, neutralizando su exaltación, que constituye la base de su fuerza, producto de los flamantes uniformes ornados con galones dorados. A este respecto recuerdo la belleza y la eficacia, siempre fresca, de un gran cartel mural lanzado por los jóvenes libertarios españoles (F.I.J.L.) y que llevaba grabado este

lema: «No envenenéis a la infancia», en el que figuraba un niño llorando a la vista de una hilera de camisas de diversos colores, negras, rojas, grises, azules, prolongada hacia el horizonte; camisas que sintetizaban el espíritu militarista que sofocaba el espíritu de la revolución. La guerra puede ser una desgracia que se sufre, pero no un trampolín para la conquista de la gloria y del bienestar. En el furor de la guerra que absorbía a todos y a todo con su exigencia, este aspecto de la actividad libertaria no debía ni fué olvidado, para que la violencia no llegase a envenenar, por lo menos, la vida de los jovenzuelos. Digo, también, que la ineludibilidad de los acontecimientos empujaba a que todo fuese empleado para ganar la guerra, para no ser vencidos y fuese sofocada la revolución. Había un enemigo que quería aplastar esa revolución—no en el sentido metafórico de la palabra—y era necesario aplacar su arrogancia; pero no había que olvidar nunca, como no se olvidó, que no son los actos de guerra los que perduran. Por la guerra había que trabajar más y más, pero teniendo en cuenta que aquella tendía a abatir las conquistas largos años obtenidas.

Hubo siempre guerras, a millares y de las más terribles, y las habrá todavía desgraciadamente; pero será la obra constructiva la que en verdad sentará las bases de una sociedad capaz de asegurar condiciones de vida mejores y la que quedará imprimida fuertemente en el recuerdo de los hombres. Se intentará también contrarrestar por la violencia reaccionaria estos resultados por los que saben siempre inflamar a los pueblos y saben también siempre convencer y envolver a los vacilantes y a los ilusos.

Aquellas tentativas habrán demostrado que la vida social puede ser más armoniosa y mejoradas las condiciones de trabajo; ellas incitaron a los pueblos a la resistencia, a la lucha, aunque para conseguir los objetivos fuese necesario el sacrificio. Esto ha sido realizado y bien realizado. Pero se han efectuado otras cosas que no tenían este mismo sentido.

Sería necesario pararse aquí en algunos detalles, y empezar con la afirmación, por ejemplo, de que la policía, cualesquiera que sean los elementos que la compongan, no podrá ser más que un arma de partido, un elemento reaccionario. Y una «revolución de partido» no puede conducir más que a una dictadura, al escamoteo de la revolución.

Episodios sobre abusos cometidos por «agentes de la policía», pertenecientes a cualquier partido y cualquiera que fuere su ideología política, me fueron revelados en gran cantidad. Entre otras cosas, Max Nettlau escribía a un compañero francés, en carta fechada a últimos de 1937: «Parecía que todo esto (el mal autoritario) hubiera caído pulverizado el 19 de julio de 1936 y siguientes semanas; pero este mal no podía desaparecer de la noche a la mañana, por lo que subsiste todavía en forma aguda. ¡De buena te has librado el 5 de mayo! (El compañero a quien iba dirigida la carta de Nettlau había conseguido escaparse milagrosamente de una checa). Mejor que Camilo Berneri. En cambio, yo, pobre nulidad, cuando partí el 29 de agosto, en un puesto de control de un pueblo se me quiso detener, y los compañeros que me acompañaban en el coche tuvieron que hacer largos discursos para obtener que me dejaran tranquilo».

Numerosos y más graves casos se podrían aducir, pero una conclusión es verdaderamente necesaria: algunos de los que se dedicaron a tales actos se decían afines nuestros, o sea que se habían convertido en antiautoritarios para pasarse después al adversario. Por el contrario, los que se dedicaron a la obra positiva de la revolución, ya sea participando personalmente, ya sea aconsejando e influenciando en los diversos ensayos de reconstrucción social, particularmente en la labor de la colectivización del trabajo y de los productos, éstos se han convencido completamente de que allí y solamente allí se hubiera podido dar carácter a una organización social nueva.

Lo que dejamos expuesto en tan pocas palabras sería con-

veniente desarrollarlo ampliamente. Lo será cuando un mayor número de documentos y un conocimiento detallado de los hechos en su tan complicado conjunto estén al alcance de nuestra mano.

Personalmente, durante los años de lucha y de esperanza de la revolución española de 1936-1939, me encontraba desde hacía algunos años encarcelado, y permanecí por algunos años más en la cárcel, por lo que no he podido seguir los acontecimientos sino a través de parciales y adulteradas informaciones que la Prensa fascista dejaba filtrar por entre las rejas. Otros, sin embargo, han vivido aquellos años con la pasión que da la lucha y la obra creadora, pero también con dolor muchas veces de ver incomprendida la propia obra por parte de los mismos amigos y compañeros.

Tuve la oportunidad de leer alguna carta de Max Nettlau de aquellos años, dirigida a un viejo y conocido compañero francés que formaba parte entonces del grupo editor de «Le Libéraire» y de la revista «Plus Loin», y es aquel un comentario interesante, y también polémico, sobre los acontecimientos y particularmente sobre las furiosas discusiones que se desencadenaron por aquellos años, y aunque no se compartan completamente algunos de sus juicios y apreciaciones, cuanto dice Nettlau tiene importancia y merece ser llevado a conocimiento de los compañeros, máxime cuando viene a contestar las preguntas planteadas por los compañeros de CENIT.

Max Nettlau escribía en agosto de 1937: «Es necesario, pues, vencer; y para hacer esto, precisa, al menos, tomarse el trabajo de obrar racionalmente, no según la razón de la teoría o la ciega testarudez, sino según la de los hechos que son siempre más fuertes que nosotros, que no somos más que una parte del conjunto. Cuando mayores sean los acontecimientos es más necesario estar a la altura de la actividad inteligente y no ser esclavos de las pasiones y del capricho. Nosotros no podemos erigirnos en directores de la vida varia y múltiple, salvo convirtiéndonos—por algún tiempo y por cualquier medio—en sus dirigentes materiales, en dictadores militaristas, fascistas, comunistas... o lo que es más ridículo, en aspirantes a dictadores intelectuales, en charlatanes y gritones de cosas lamentables.»

«Ha sido imposible despejar la situación en julio de 1936, salvo en Cataluña y en parte en Madrid, Levante y Norte. Ha sido imposible—cuestión oscura para mí, que no conozco la situación política resultante—extirpar de los partidos vencidos al primer momento, la guerrilla, el sabotaje y el flujo hacia la militarización. Me imagino la dificultad y no hablo en censor ni exijo lo imposible. Lo fué también para los gobiernos de entonces que disponían de fondos para procurarse el material de guerra en julio y agosto, y el país fué traicionado una segunda vez, y cien veces después, con la invasión africana, con los ejércitos fascistas en agosto y así sucesivamente. Esta situación desmoralizante, el martirio de Badajoz e Irún (agosto-septiembre), que ninguna acción popular extranjera (Frente Popular, Jouhaux, etc.) supo remediar, se concluye en la transacción con el usurero Stalin que, hábil Shylock, exige la parte del león. Los mismos Shylock degeneraron y el mismo Stalin no fué menos terrible.» «En esta grave situación, cuando todo estaba a punto de perderse, nuestros amigos han buscado de hacer lo mejor y lo más que pudieron, de septiembre a mayo, y, provocados terriblemente, traicionados en mayo, buscan siempre y están seguros de hacer lo más y lo mejor posible.»

Quiero ahora revelar otro hecho, «negativo», desgraciadamente, como el precedente. También en España, como en otras partes, el excesivo doctrinarismo ha llevado a algunos a la crítica por la crítica. Dejaré aún la palabra a Max Nettlau que, siempre a través de su carta de últimos de julio, arremetió contra estos doctrinarios:

«El doctrinarismo es el sable de madera, el artículo de ley y la fraseología del tiempo pasado.» Porque si el doctrinarismo es indudablemente necesario para la formación de

una idea y para la concreción de los medios de lucha, llevado al absurdo, particularmente en el momento en que es necesario actuar, se convierte en labor nociva.

El argumento, sin embargo, es talmente vasto y es tanto lo que sería necesario examinarle, que no se puede condensar en su totalidad en el reducido espacio de un artículo. Pero lo esencial por ahora es llamar sobre ello la atención, ciñéndonos a la encuesta promovida por CENIT. Más tarde, tiempo y posibilidad por delante, esperamos poder abordar completamente el asunto.

UGO FEDELI.

(Traducción de J. P.)

UNA REVOLUCION NONATA

El 18 de julio de 1936—como reacción contra el golpe de estado militar fascista—se produce en España un levantamiento popular, que tuvo como expresión distintiva el ser ejecutado en forma preponderante, y en algunas regiones casi exclusiva, por las masas obreras y campesinas vinculadas a la C.N.T. y por militantes de la F.A.I.

Hablar del coraje, del heroísmo y del austero desinterés revelados por los compañeros que intervinieron en estas jornadas iniciales, es un tópico que sólo puede maravillar a quien ignora la tradición revolucionaria del movimiento cenetista y, en especial la singularidad ética del ideal anarquista, el fervor que inspira a sus militantes y su valor como norma de conducta, individual y social.

En todo caso, no es nuestro propósito en esta ocasión, batir el parche de los elogios, por justicieros y merecidos que pudieran ser, sino señalar el que consideramos error fundamental de este movimiento, a fin de extraer las lógicas consecuencias que puedan consolidar experiencias futuras.

La faena de un movimiento revolucionario es—en todo momento de su actividad—preparar, fomentar, posibilitar y, finalmente, tratar de realizar la revolución que constituya su meta. Naturalmente, esto que afirmamos es una perogrullada, es decir, una verdad demasiado evidente; pero es que la experiencia de la historia nos demuestra que son esta clase de verdades las que, con harta frecuencia, olvidan los hombres, quizás porque su excesiva luz los ciega al deslumbrarlos.

Al ponerse en acción, la finalidad del movimiento anarquista español debió ser la de efectivizar la revolución social que informa su doctrina; vale decir, aprovechando la desorganización y debilidad del poder central como consecuencia del golpe militar fascista, tratar de conmover los cimientos de la sociedad burguesa-capitalista para derribarla y reemplazarla por una sociedad socialista sin Estado, integrada por hombres libres, absolutamente responsables y conscientes del rol histórico que asumían.

Que ello no fuera factible—aún dadas las excepcionales circunstancias favorables logradas por el heroísmo de su numerosa y aguerrida militancia—no debió entrar, jamás, en los planes de un movimiento revolucionario voluntarista, que desdeña el rígido determinismo marxista. Un auténtico movimiento revolucionario responsable, cuidadosamente, los factores adversos o propicios a su acción; analiza, objetiva y fríamente, las situaciones que determinan el marco dentro del cual se propone actuar pero, una vez tomada una decisión positiva, se coloca voluntariamente anteojeras y marcha rectamente al logro del fin propuesto, sin dudas ni desviaciones laterales. Es cierto que la acción de otras fuerzas exteriores, ajenas a su voluntad revolucionaria, han de movilizarse inmediatamente para tratar de frenar su impulso y, acaso, logren detenerlo a mitad de camino; ¡no importa!, el hecho revolucionario está cumplido como tal y constituye un jalón y un ejemplo para futuras experiencias. Lo que nunca debe pretenderse, es que este provisorio equi-

libro surja como consecuencia de una deliberada voluntad de aminorar o detener la marcha; fatalmente significa un retroceso que lleva más atrás del punto de partida.

No vale decir—como, desgraciadamente, se ha dicho—que el movimiento anarquista español no estaba preparado para una acción de esta envergadura. Lamentable confesión de impotencia e improvisación, que surge de una falta de fe en las ideas y constituye una injusticia para un movimiento al cual, sin remontarse a exhumar su larga trayectoria revolucionaria, bastaba para justificarlo y revelar su madurez las recientes acciones revolucionarias de 1933 y 1934.

No culpemos al movimiento anarquista y cenetista español, de fallas que sólo son imputables a quienes tuvieron la responsabilidad de su orientación. Son los que—dejando a salvo su valor personal, su capacidad y aún su buena fe—revelaron fatal inoperancia revolucionaria, lamentable imprecisión en sus ideas y falta de consecuencia con la doctrina predicada. Hubo en ellos ingenua vanidad de jefes y torpezas de azorados políticos debutantes, en un comienzo; más tarde, abandonada ya la finalidad revolucionaria, la más concupiscencia y el sensualismo del poder hicieron sus naturales deterioros, confirmando la incontrovertible afirmación anarquista, esta vez, evidenciada en sus propios militantes.

Salgamos al paso de otra excusa, frecuentemente utilizada: la de la pretendida nebulosidad del ideal anarquista y su carencia de normas prácticas para la acción, argumento sólo bueno para enemigos de la libertad, deformados por una visión autoritaria de la sociedad. El anarquismo parte de una instintiva e irrefrenable aspiración humana: la de ser libre; analiza cuáles son las trabas que se oponen a la integral posesión de la libertad del hombre, y postula la responsable afirmación de la posibilidad de una sociedad, sin explotadores y sin amos, para cuyo logro compromete su voluntad y su acción revolucionaria. Si se niega a formular dogmáticos programas o rígidos esquemas de organización societaria post-revolucionaria, no es por incapacidad o por un cómodo deseo de eludir responsabilidades, sino porque advierte el peligro de que pierdan su mero carácter instrumental, para convertirse en férreos símbolos representativos de una nueva forma de opresión, como lo denuncia el ejemplo de la U.R.S.S. Si evita caer en las fáciles predicciones de los desarrollos sociales, a las que son tan afectos los marxistas, es porque consciente de la pueril pedantería que ello significa—rechaza la rigidez de la interpretación determinista total de la historia, para reemplazarla por una concepción voluntarista, dentro del marco de situaciones, *ellas sí*, determinadas.

El anarquismo está inspirado en la peligrosa responsabilidad del hombre libre. Todo está por construir y nada—ni la libertad, ni la justicia, ni el carácter revolucionario de un movimiento—están dados de una vez para siempre. Es necesario afirmarlos y corroborarlos a cada momento, crear y recrear a cada instante, estimular la espontaneidad y afirmarse en la austera decisión de negarse a mandar. Nada más lejos de la improvisación y de la nebulosidad, que esta concepción voluntarista y dinámica del anarquismo; por el contrario, requiere una larga y sincera maduración previa, para que rinda sus mejores frutos en el momento oportuno. El anarquista es el hombre que está alerta, en angustiosa expectativa...

Todo este extenso preámbulo, para afirmar que en España no hubo siquiera un intento de revolución anarquista, máguer que el foco de la resistencia contra el fascismo estuviera constituido por militantes de esta tendencia. Exceptuando algunas iniciales realizaciones parciales, más espectaculares que efectivas, todo el heroísmo derrochado se dirigió a tratar de sofocar el golpe de Estado militar, a empeñarse en una guerra civil contra la otra mitad de España sometida al yugo fascista y a defenderse, en manifiesta in-

ferioridad de condiciones, contra la agresión de las dos potencias fascistas extranjeras: Alemania e Italia.

Lejos de nuestro ánimo pretender subestimar la importancia de esta lucha; conocemos de sobra la clase de enemigo que es el fascismo y apreciamos las terribles consecuencias que, para España y el mundo, tuvo la definitiva derrota de las fuerzas antifascistas españolas. Pero, el antifascismo es una posición beligerante que, sin embargo, carece de propio contenido: cada clase y cada movimiento lo rellena con sus fines e intereses particulares; es así que podemos hablar de antifascismo burgués o proletario, cristiano, socialista o comunista, cuyos intereses, métodos y finalidades no son, desde luego, coincidentes. Para los republicanos españoles, la lucha antifascista significaba la defensa de la República democrático-burguesa; para los autonomistas vascos o catalanes, el mantenimiento de sus Estatutos regionales; para los socialistas el establecimiento de una república parlamentaria liberal, más o menos avanzada; para los bolcheviques, el desgaste de la potencia militar de un vecino inquietante con el cual, poco después, concertaría un pacto de amistad (pacto Ribentrop-Molotov).

¿Y para los anarquistas? ¿Qué otra cosa debía significar la lucha contra el fascismo, sino la defensa exterior de sus realizaciones; la defensa, en suma, de la revolución anarquista? Defensa que era necesario entablarla en las trincheras y en la retaguardia, porque los enemigos de la revolución social, de nuestra revolución, lo eran fascistas, demócratas, republicanos, socialistas y comunistas del mundo entero. Nuestros naturales aliados: las masas explotadas, sojuzgadas y burladas de ambas Españas y las de otros pueblos, que hubieran podido responder a nuestro llamamiento, contagiadas por la singularidad y ejemplaridad de nuestra experiencia revolucionaria. ¿Pensáis que hubiéramos sido derrotados más rápidamente? ¿Quién sabe! En última instancia, el heroísmo de los anarquistas no hubiera sido inútil, como no lo fué el asesinato de los mártires de Chicago.

En lugar de aprovechar esta única oportunidad que nos brindaba la historia, cometimos la ingenuidad de ceder a interesadas presiones de enemigos emboscados, y abandonamos las realizaciones revolucionarias para ensangrarnos en una guerra fratricida contra obreros y campesinos gallegos, castellanos, andaluces, navarros, italianos, etc., obligados a alinearse contra nosotros por nuestros comunes enemigos: Resultado: perdimos la guerra y la revolución quedó nortada.

Por lo menos, tengamos la sinceridad—y la habilidad—de no comprometer en este fracaso al ideal anarquista. Perdimos, y conste que no hablamos de la derrota militar que sería infame reprocharla, porque siendo activa mayoría nos limitamos a hacer antifascismo de Frente Popular; porque actuamos, no como anarquistas, sino como «españoles liberales»: apenas algo más que una traducción moderna de las guerras carlistas... Hemos peleado, visto desaparecer lo más granado de nuestra militancia, sufrido los horrores del éxodo y las amarguras del exilio, provocado la escisión del movimiento... ¡para nada! A quince años escasos de su preponderante actuación, el heroísmo de los anarquistas españoles permanece anónimo y nadie se acuerda de ellos, si no es para reprocharles una forzada «hospitalidad». ¿Que no se enojen los compañeros por estas verdades: son dichas con profundo dolor y con boca amarga!

J.A.R.

MI CONTRIBUCION A LA ENCUESTA

ASPECTOS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA.—La espontaneidad del movimiento de revuelta contra el peligro clerical y militar, levantado por los espíritus arrastrados e impregnados de espíritu revolucionario, sorprende al gobierno timorato de Madrid que no tenía fe en la República.

Entre las tentativas afortunadas puede citarse en primer lugar la colectivización de las tierras que respondía al profundo deseo de las poblaciones de cultivar la tierra en provecho propio. Las supervivencias feudales que subsistían en la agricultura española dieron una importancia capital a la lucha contra los latifundios que abarcaban la proporción de los dos tercios de la propiedad del suelo.

Por ende, las falaciosas promesas de 1931, siempre suspendidas, junto a la realización tardía de un plan de irrigación suplementario al régimen irregular e insuficiente en las lluvias, alimentaban un descontento progresivo.

Esta colectivización de las tierras no tiene nada comparable a los kolkoses soviéticos. La tierra pasa, en efecto, a ser propiedad municipal con cultivo común, y tolera algunas formas particulares libremente consentidas, no impuestas.

En segundo lugar figuran las cooperativas de producción que el período turbulento de la guerra civil impide rindan los resultados tangibles.

En fin, hay que notar la acción libertaria que se diferencia de los movimientos separatistas o autonomistas, por el hecho de que el federalismo que aquella acción anima consagra a la vez una y los otros. El antagonismo de fachada que puede existir entre las regiones manufactureras cuyos explotadores desean tarifas aduaneras protectoras y las regiones agrícolas, más bien librecambistas, por la naturaleza de la venta de sus productos contra otros productos o herramientas.

LAS INSUFICIENCIAS.—Igual que la Comuna de París de 1871, que respetó el oro del Banco de Francia, es reprochable la timidez del gobierno republicano, que poseyendo el oro del Banco de España, no supo utilizarlo para cubrir las urgentes necesidades de armas y de municiones, susceptibles de liquidar la rebelión. Era, por tanto, la mejor réplica a la felonía del caudillo, y a la felonía—poco tiempo después—de la No Intervención, que estranguló a la joven revolución, juzgada demasiado peligrosa para España, en primer lugar, y también para los países tocados por la fiebre popular de 1936, que provocó un gran pánico entre los especuladores.

A esta debilidad viene a juntarse la participación ministerial. Esta es reprochable en todos los casos. Si la existencia de un mínimo de Poder se cree necesario, es obligado asegurar un control constante de los actos de aquellos llamados a ejercerlo.

No hay que perder nunca de vista que el profundo antagonismo que reina entre la Iglesia y la Revolución no puede reducirse si no es por la desaparición de una de las dos. El mal más grande viene de la Iglesia y de sus soportes, y la revolución española, que había suprimido el mal sucumbió bajo el peso de la ayuda financiera y material que recibieron los curas y los militares de la España reaccionaria.

CONCLUSION.—No perdamos nunca de vista que la sangre llama a la sangre. Sin hablar de no violencia que, en el caso, fué inexplicable, era de tener en cuenta una violencia largamente sazonada, golpeando alto y fuerte a fin de reducir el tiempo de su empleo. Toda guerra civil que transcurre más de dos meses de duración está llamada al fracaso a causa del concurso que le prestan los elementos simpatizantes, sorprendidos momentáneamente por la arrolladora acción concertada en sus menores detalles.

Los proyectos de mediación, posibles en septiembre de 1936, iban malográndose a medida que los combates se proseguían en la indecisión que usaban las fuerzas revolucionarias libradas a ellas mismas, mientras que los rebeldes

recurrieran al precioso concurso de todos los conservadores sociales.

La represión sangrienta que subsiste todavía demuestra que la victoria no fué adquirida enteramente por los facciosos y que una reacción continúa siendo posible. Pero en el estado de división en que se presentan los proletariados nacionales, la desgraciada España debe sobre todo contar en ella misma. La más grande perspicacia es, pues, de rigor.

ANDRE MAILLE.

RESPUESTA DE ALBERT DE JONG

Considero que lo más importante de la Revolución Española es la manera con que el pueblo trabajador español organizó la vida económica y social durante los años 1936-1939.

Es de gran importancia, que sobre ello se publiquen datos exactos y objetivos en las lenguas principales. Pues la Humanidad entera—aunque no tenga plena conciencia de ello—se halla ante el mismo problema, que sólo el pueblo español en el espíritu de Libertad y Humanidad—o sea, en la única justa manera psicológica—ha intentado resolver.

En segundo lugar es de suma importancia la pregunta sobre qué influencia han ejercido los conceptos anarco-sindicalistas sobre la vida política, las instituciones políticas y las formas de política durante la guerra civil.

Según mi impresión personal, nuestro movimiento español estaba mejor preparado para cumplir una misión en la vida económica que no en la vida política.

Si esta opinión es justa, me parece que el movimiento español y nuestro movimiento internacional harán bien en reflexionar seriamente sobre nuestra misión en el aspecto político.

ALBERT DE JONG.
(Amsterdam)

RESPUESTA DE K. I. LENNHOLM

A vuestra pregunta relacionada con la Revolución Española o más exactamente sobre la guerra de 1936, debo responder, que como pacifista y anarquista soy contrario a toda clase de violencia, y por lo tanto no puedo aceptar el hecho de la guerra de resistencia que se hizo contra Franco en el año 1936.

Mi opinión es la siguiente: si Franco no hubiera encontrado resistencia no habría hecho uso de su ejército por la violencia. Los ejércitos fascistas de Hitler y Mussolini no habrían tenido ocasión de inmiscuirse en vuestro país, lo que hubiera evitado los terribles sufrimientos del pueblo español.

Sobre la cuestión no está en mi la intención de menospreciar la resolución de los anarquistas españoles, ya que los hombres están instigados en todo momento por motivos especiales; pero nosotros, los anarquistas, debemos encontrar otros caminos y no solamente el de la violencia. Es por más altos y nobles propósitos que debemos propagar. Esta propaganda debe ser dirigida a todos los hombres y, sobre todo, la Revolución tiene que hacerse en sus cerebros.

Con cordiales saludos,

K. I. LENNHOLM.

Variantes del Romanticismo

ESPAÑOL

(Conclusión)

1920. Pueblo alicantino. Bien situado. Bien abastecido de aguas y sol. Bien provisto de tierra fértil, ganada por cierto al secaral heroicamente por los agricultores sin ayuda del Estado y sin otro impulso que el del apoyo mutuo, tan bien estudiado en un libro inmortal por el romántico príncipe Kropotkin. Príncipe de pergaminos olvidados, uno de los condensadores geniales de la ciencia más humanizada del siglo XIX.

El cruce de sangres ha producido en este lugarejo alicantino un curioso aspecto de lo que podríamos llamar la marimorena ibérica. Como la región valenciana fué siempre tierra de estar y tierra de volver, su cielo es tan saludable y de feliz augurio, el transeunte hereje, el nómada creyente a medias, el pirata descreído, el musulmán fiel al Corán y el hebreo al Talmud, como el cristiano (de fe tan inestable que corrigió la mística con la picaresca), el gitano desencantado, el romano sólido de fuerza, pero vencido por la frágil Grecia del pensamiento y del arte... todos estos peregrinos de razas distintas, con algún celta desgajado, se encontraban siempre (sin previo acuerdo ni cita) bajo el cielo clemente y el clima confortable de Levante, helenizado en Gandía y Denia, ibérico en Elche con su matrona, verdadera Nuestra Señora del Mediterráneo, romano en más proporción de lo que se cree, árabe de patentes evidencias, hebreo incluso en algunos restos subsistentes en la catedral y procedentes de alguna sinagoga de base como demuestra el escritor israelita Sr. Cohen, que acudió desde América para estudiar la arquitectura hebrea de España.

Todos los transeúntes que llegaban a Valencia se hacían creyentes en sus vergeles y olvidaban lo demás, incluso que habían pasado de largo y penosamente por terrenos áridos. Waldo Frank llega a decir y a probar en su «España virgen» que el árabe perdió el ardor religioso del desierto—que era su gran comarca de origen—al ponerse en contacto con las huertas ibéricas. El elemento sedentario había magnificado la tierra, cociéndola y decorándola con tanta destreza, que Levante puede rivalizar en cerámica con Grecia, aun teniendo ésta el precedente de Creta.

Cuando en el pueblo alicantino que evocamos presenciábamos las algaradas líricas de moros y cristianos, nos regocijaban extraordinariamente aquellas tiradas de versos declamados en un castellano que nada tenía de vecinal, en un castellano extraño al país y a los actores caballerosos del juego... Aquellos romances salían de labios de un valenciano que se confesaba cristiano de armas tomar, pero tenía un tipo de sarraceno impenitente, tunecino de paz o así, que se expresaba en castellano prestado, aunque sin interés. El que hacía papel de sarraceno parecía un pastor bretón nada belicoso, rubicundo rojizo y pecoso, con una piel color de

ladrillo amoratado y una dicción lenta de obeso que no puede recitar de prisa, por lo que espacia las estrofas y exagera los finales exclamatorios para tomar aliento. El cristiano era moro y el moro celta. El cura presente en el juego, un abencerraje entero y verdadero. Las mujeres, romanas o corderas de Mahoma por el tipo. Los zagales, se hubiera dicho que procedían de Egipto y el sacristán de Arabia, el notario de Damasco y el alguacil de Constantinopla. No se puede sospechar qué papel representaba España allí con el idioma unitario, que aquellos huertanos pronunciaban mal y ligaban peor y con la religión, que parecía tan entrometida como el idioma. No se sabía lo que España oficial representaba en aquella marimorena de cabalgatas y tiros, pero resultaba extraordinariamente divertido oír inflamadas endechas dedicadas a Cristo y al misterio de la Trinidad por un pueblo de mahometanos y judíos que se habían fundido y confundido por efusión con los cristianos llamados viejos, constituyendo entre todos el pueblo más agnóstico y más escéptico del planeta.

ORIENTALISMO

La influencia oriental en el Romanticismo español no es lo mismo que la influencia orientalista. Lo oriental es algo que ocurre o transcurre en realidad en Oriente; lo orientalista se pega a la moda fuera de Oriente. El propio Victor Hugo ha sido víctima del orientalismo temático imbuído de motivos exóticos más soldados que fundidos, desvalorizados por falta de información o por información colonialista. Nadie puede dudar que el orientalismo, tal como lo hemos conocido en diversos remedos europeos, procede en buena parte de las conquistas coloniales. A su fomento y explotación tiende en manos de todos los gobernantes.

Si Rousseau tiene una especie de padrinazgo del Romanticismo, España cuenta con un Abentofail, cuya obra «El filósofo autodidacta» se anticipa en tres siglos y medio al pensador ginebrino y más a Robinson. El orientalismo español no es un remedo escrito, sino una continuidad de las costumbres en la España oriental que una escuela arabista—Codera, Asín, Ribera, etc.—evocó con textos árabes precisos, prescindiendo de las tesis frontales asimilistas.

Se nota actualmente en España un movimiento arabista, cuyo animador es el profesor Emilio García Gómez, pero es de temer y lamentar que se encubran, por motivos de ocultismo religioso, los textos árabes de abundante repertorio explorado sepultados en el Escorial, como los de América en el Archivo de Indias de Sevilla, si contradicen aquellos—y así es, como sabemos por la mínima exhumación documental, en realidad sustraída a los centros oficiales—la tesis

frontal de la Reconquista, en cuyo período hubo una civilización hispano árabe de paz y concordia que dió corriente a los valores en que se fundó y apoyó después el Romanticismo. El cual es una valoración estoica de la vida y una anticipación latente en lo menos conformista de griegos y romanos, en las literaturas hispánicas incluyendo con entero honor las de la periferia y las de Oriente fundidas en el crisol de España y empezando por el ejemplo de Cervantes, cuyo rondavalle manchego es la figura más alta de anticipación del orbe.

Es el pueblo mismo no rebañego el que conserva por tradición las tendencias arraigadas, la moral de crédito, el arte sin cotización, el idioma sabroso, las costumbres morigeradas, la buena vecindad, todos los atributos sociables libres. El pueblo voluble carece de archiveros. No escribe obras geniales, pero sin su genio no hay obra genial. El pueblo libre inspiró un romancero con versos anónimos y selecta vitalidad, colectivo o no, justificó un Cancionero y un Fabulario de cordura y de picardía más que de heroísmo; conservó un Refranero modelo de lucidez prevenida; se rió de los héroes de cruzada y paga cuando no los ignoró; y si alcanzó ira tensa su desazón—en la parte más evolucionada—fué contra los aduladores de la riqueza y del poder. Pero decir pueblo no es decirlo todo. La causa popular se ha visto siempre paralizada por empresarios políticos y no políticos que para dar agua a su molino han lanzado bramidos demagógicos exagerando tan estúpidamente el malestar general, que viéndose los afectados míseros y desgraciados en extremo, han renunciado a toda acción de mejora puesto que según sus líderes vivían en completa esclavitud, la que era una indecente mentira. El pueblo oficioso que se oye llamar héroe sin serlo se lanza a los más violentos retrocesos.

Estas exageraciones de fibra romántica política tienen al mundo paralizado con pánicos calculados y alarmas premeditadas, más criminales estos pánicos y estas alarmas si cabe que la misma guerra, porque tienden a perpetuarlos, haciendo necesaria la intromisión de las castas que sustentan la fuerza bruta, castas que no existirían sin el rebañeguismo popular. Por ello los idearios universalistas han de vivir en retroceso.

Es un doloroso contrasentido que el Romanticismo español menos libresco, el de las peleas por la libertad, coincidiera en espacio y tiempo español con el mejor Romanticismo literario; con la noble abnegación de los internacionalistas; con la selección universitaria refractaria que vivía una época de austeridad y de tensa labor mental; con la aparición de la escuela arabista; con la mejora del suelo por los campesinos, mejorados ellos mismos moralmente en la soledad del agro... Es doloroso contrasentido que todos estos esforzados y tesoreros avances hayan coincidido en el solar ibérico con la época romántica, pero sin contacto entre ellos, como si se hubieran producido unos en el Polo Norte y otros en el Ecuador. ¿Qué orientalismo podemos suponer, qué atención para el Oriente apartado, si los refractarios españoles, viviendo juntos, se desconocían entre ellos?

FUSION POR EFUSION

El escritor Gregorio Romero Larrañaga es la pluma española que podríamos llamar magna del Romanticismo con plausible sustentación. Contradice la tesis batallona de la Reconquista que los doctrinarios frontales describen como teatro de peleas sanguinolentas entre cruzados y medioluneros; describe el caso, no único ni raro, de integración de razas bien lejos del odio ritual y nos sitúa en buen terreno crítico frente a los levantamientos del patriotismo.

Más peleaban entre sí por la corona los abundantes vástagos de los reyes, vástagos de bastardía o no en las ramas españolas reinantes que pretendidos musulmanes contra pre-

tendidos cristianos. Más peleaban los abundantes hijos de las favoritas del harén entre ellos para coronarse, que con los rivales de religión.

El padre Mariana, no sospechoso de parcialidad, nos explica que los mismos sermones cristianos se hacían en árabe y que en árabe se redactaban los documentos públicos. En el mismo Poema del Cid consta que si los castellanos peleaban en ocasiones contra los árabes con dinero prestado por los judíos Raquel y Vidas, también peleaban a brazo partido cristianos contra cristianos cuando se enfrentaban la hueste del Cid (caudillo o capitán en árabe) con la del catalán Ramón Berenguer IV. Y era frecuente ver en el mismo frente cristianos y musulmanes contra cristianos, árabes contra árabes, etc. Lo que contaba, sobre todo, era el botín. Las marimorenas más grandes se producían al repartir el botín.

Los judíos ricos eran financieros de empresas de poca o mucha envergadura. Tal vez pueda demostrarse—ya está en camino la demostración—que fueron los judíos banqueros de la Reconquista y del descubrimiento de América, pues Colón o Colom de judíos venía, y judío convertido era también Santángel, tesorero de los reyes Isabel y Fernando. Cuando el judío se convertía le obligaban a cambiar de nombre, empleándose para la nueva patronimia la toponimia de origen o bien el oficio, y en último término, cuando el judío tenía motivos para no descubrir su procedencia ni su oficio si lo había tenido, se le adjudicaba un apellido grotesco o hallado al azar en cualquier libro. Un Isaac procedente de Berga se llamaba Bergadá o Berga al hacerse cristiano. Un Caín tejedor se apellidaba Tejedor. Un Saúl que callaba su origen y no descubría su oficio—caso de Colón que tenía motivos para callar—se llamaba no Colón sino Colom. Con la Inquisición había que andar aplomado.

Pero empalmemos el cabo suelto que atañe al escritor Gregorio Romero Larrañaga, que los preceptistas del Romanticismo juzgan un poco desdeñosamente como pluma subalterna. Fué autor de unos «Ayes del alma» que, en efecto no presentan más que un tenderete de suspiros y quejas de hombre llorón, integrante de la «muchedumbre de agonizantes» que era el género humano para Monteggia, refugiado en España al triunfar la reacción realista de Nápoles y compañero de Aribau en «El Europeo», revista de altos vuelos románticos desde 1823 y que tuvo una vida tan brillante como efímera. Trataba de racionalizar el Romanticismo a base del triángulo Byron-Walter Scott-Schiller, mientras en Madrid se prefería a Víctor Hugo.

Romero Larrañaga, que vivió desde 1818 a 1873, no era siempre pluma yacente o adyacente. Muy joven, en 1836, publicó «El Sayón», imitando a Patricio de la Escosura en su obra «El bulto vestido de negro capuz». Pero la obra maestra de Romero Larrañaga, la que le coloca en la cima, está inspirada en tradiciones populares del Romancero y desarrollada adecuadamente. Véase un resumen.

La mora está prendada de un cristiano, cautivo éste del rey moro y se arriesga ella a todo interpellando al coronado:

*Dime tú, rey de los moros
El de los bellos jardines,
El de los ricos tesoros,
El de los cien paladines,
El de las torres caladas
El de alcatifas morunas,
El rey de las medias lunas,
El de la Alhambra dorada...
¡Soberano!
¿Qué has hecho de mi cristiano,
El de la cruz colorada?*

Tácitamente, esta mujer parece temer, no desear, que el morazo se permita pedir un canje indigno. Pero el morazo contesta románticamente:

*Hermosa, enjuga tu lloro,
Lluvia que empaña la sién;
Sensible soy, aunque moro,
Y espléndido soy también.
No quiero, por ser piadoso,
Admitir tu don precioso...
Peleo yo con mi alfanje,
Mas consentir ese canje
Fuera tráfico villano.
¡Abran la puerta ferrada,
Y a esa mujer desolada
Entréguele su cristiano,
El de la cruz colorada!*

BARTRINA

Es muy difícil y muy expuesto generalizar hablando del Romanticismo, como hablando de cualquier otro tema. Nos permitimos preferir a las generalidades, el modelado un tanto detenido de dos románticos caracterizados como Bartrina y Echegaray; el primero de aliento reflexivo, íntimo y helador, pero sano como un baño frío o como Heine; el segundo vocinglero, cálido y fantasmal, atropellado y furioso, disparado y atolondrado. Echegaray mató cerca de una cincuentena de personajes, lo que basta para llevarlo a presidio.

Las dos figuras—Bartrina y Echegaray—tan opuestas, dan de sí para el fondo del cuadro, el marco, la época y las su gestiones de la vida relacionada. Bartrina con su noble musa descreída y desencantada, su probidad amarga y su moral estoica; Echegaray con sus síncope de pirotecnia.

Con Bartrina va a expirar el siglo XIX. Peripecias graves y un aire corrosivo imponente. Es tal vez la pluma de más incisiva racionalización de la angustia, pero bien dotada para no convertirla en espantajo de Carnaval.

El poeta catalán (de Reus) Joaquín María Bartrina, murió muy joven (en 1880). Había nacido en 1850.

Se dijo de él que tenía una pluma nihilista; que era frágil de voluntad; que la mayor parte de sus composiciones podrían calificarse de sinapismos; que representaba por derecho propio el papel de supremo negador catalán.

Se han vertido críticas tan contundentes sobre la obra de Bartrina, que no puede estar de más situarla en su paisaje propio.

Empezaremos por reproducir sus mismas palabras: «Si se ve en alguna de mis composiciones, según afirman, un tinte de escepticismo, débese a que en ellas me he propuesto reflejar el malestar moral que a mi modo de ver produce en nosotros la lucha sin tregua que sostienen dentro de nuestro ser el sentimiento y la razón. En el hombre aparece antes que la razón el sentimiento... Los animales inferiores, las últimas capas sociales, el niño (las mujeres viven en perpetua niñez), todo al sentimiento lo subordinan. Al desarrollarse en el hombre la razón, encuentra sus dominios ocupados por el sentimiento y ha de combatir con él a brazo partido... O renuncia impotente a la pelea, o domina al fin ese sentimiento (el escepticismo), del que no somos responsables, ya que no nos hemos nacido... Llegarán otros tiempos... Tal estado de intranquilidad moral se considerará como un caso patológico digno de estudio. No obstante, más, mucho más quisiera haber escrito poesías para el presente que haber preparado piezas anatómicas para el porvenir.» (Prólogo de «Algo», colección de poesías originales de Joaquín María Bartrina, ilustradas por José Luís Pellicer. Barcelona, 1892, segunda edición, con prólogo del autor, fechado en Reus, enero de 1877. Antonio López, editor.

Claro podemos ver en el pensamiento de Bartrina su camino, que no es por cierto trillado; empujado sí, y de tránsito penoso, pero recto, de hombre resuelto incluso a morir,

pero no a mentir ni a calcular. Este es el punto fuerte de Bartrina, corrector de la libertad, no su adúlador. Como buen romántico prescinde de los dogmas seculares intolerantes aunque tolerados y se atiene a lo relativo, que es, en resumen, una previsión razonable, equidistante del recelo y de la candidez.

Lo que podemos llamar ideario de Bartrina no parece desolador más que a ciertas gentes aposentadas en el reino de la tranquilidad y de los buenos alimentos. Su pesimismo es saludable porque es defensivo; y no defensivo como una coraza sino como un escarmiento que evita la coraza y una prevención que evita resbalar.

La filosofía de Bartrina es incluso pedagógica para empezar a vivir y para seguir viviendo con relativa expansión del carácter. Partiendo de su pensamiento nadie tendrá que desengañarse porque nadie se habrá engañado. Parece que el poeta se atiene (creo que instintivamente) a esta convicción de Rousseau: «Quien tenga el valor de parecer siempre lo que es, acabará por ser, tarde o temprano, lo que debe ser.»

En la composición de Bartrina «La libertad» hay una especie de glosa o parodia de los versos de Calderón de la Barca en una de las escenas iniciales, de «La vida es sueño», aquellos versos que empiezan:

Apurar cielos pretendo...

He aquí el logrado texto de Bartrina:

*Se casan dos, con profundo
Amor, o por compromiso,
Y sin pedirnos permiso
Nos envían a este mundo.
¿Nacemos por voluntad?
No, pues aún no la tenemos,
Y sin embargo, nacemos...
¡Y viva la libertad!*

Implicita queda en estos conceptos la burla demoleadora del orgullo de nacer o haber nacido en tal o cual cuna, en tal o cual latitud. No se trata de una humorada siniestra. Se trata de un hecho enunciado, en realidad de un contraveneno que aniquila cualquier vanidad. Por consiguiente, huelga arremeter contra la supuesta necrofilia de Bartrina. El cual, contrariamente a la general rutina, peleaba contra él mismo más que contra los demás. Si esta práctica se generalizara, no tardaría en ser el mundo moralmente confortable. Escribe Bartrina:

*Si yo quisiera matar
A mi mayor enemigo,
Me tendría que suicidar.*

Estas palabras nos hacen recordar otras semejantes del donoso riojano Manuel Bretón de los Herreros, en su comedia «Un enemigo oculto»:

*A todo el mundo perdono...
Sólo a mi enemigo oculto,
Le rompería el bautismo...
Pero como soy yo mismo
Me comprendo en el indulto.*

Pasaremos de largo por la galería poética de Bartrina, que no es de grandes dimensiones, pero exigiría más que una conferencia un curso entero y no corto. No nos detendremos por apremio de las saetas más que en unos rincones completamente limpios satinados y esterilizados, casi podríamos decir esmaltados por la vivacidad tónica de Bartrina, sana como la cal viva y la esencia de romero.

Dejaremos, pues, sus valerosas arremetidas contra la hipocresía, contra la susceptibilidad de receta, contra la creencia pueril en potencias totales; contra las hecatombes programatizadas. ¿No es todo esto sano y confortable como negación para afirmarse, al revés del repertorio de afirmaciones de altanería concluyente que desembocan invariablemente en renunciaciones?

En la juventud—tan corta—de Bartrina, su ciudad nativa, Reus, era un hogar avanzado, la proa sociable de Cataluña podríamos decir. Había clima para poder escribir como escribió el gran romántico:

*El último alquimista,
Cuando hubo ya agotado su tesoro,
Encontró una manera de hacer oro:
Inventó el accionista.*

Y luego, aquella moraleja tan gustada por lo sintética y cargada de experiencia:

*Si quieres ser feliz como me dices,
No analices, muchacho, no analices.*

El consejo no impide el análisis que se aparta de la fignonería. En una cuarteta resuelve—y por cierto de una manera opuesta al romanticismo de sauce y ciprés—con jovialidad del que está confortablemente «de vuelta», lo que podría evitar los peores dramas, que son los insulsos:

*Aunque el fuego nos alumbre
Del amor sólo un invierno,
Lo llamaremos eterno
Según es uso y costumbre.*

En oposición a esta manera de ver surge de vez en cuando el vengador de la «ingrata», que a lo mejor es víctima de las murmuraciones del barrio, tonta de remate también aunque no sea «ingrata». Lo mismo que hay fidelidades cargantes para los románticos, hay infidelidades de salvación para ellos. Bartrina se concentra y se retuerce, se yergue con evidente exageración y rinde tributo al patetismo más desgarrado cuando escribe con tremendo celo de vengador:

*Me engañaste... «¡No has sido tú el primero!»
Dijeron mis amigos,
Un tiempo de tus pérfidos engaños
Victimas o testigos.
No sé quién fué el primero, mas el último,
Sé que será un gusano...
Buscará el corazón en tu cadáver
Y ha de buscarlo en vano...*

La mejor composición de Bartrina es indudablemente su décima titulada «Silogismo». La cordura vuelve por sus fueros. Habría que examinar tal vez millones de versos para descubrir unos conceptos de tan densa singularidad, de refinada condensación. Sólo hemos leído algo parecido saboreando los inmortales conceptos de Rudyard Kipling cuando da consejos a su hijo. Pero esta donosa décima de Bartrina no alcanza pleno sentido sin apropiado nivel temperamental para reducir cualquier pánico (resultante o determinante) a implacable cero, ateniéndose con estoicismo a una serena conllevancia de la vida y partiendo de cero si es preciso, sin alaridos. Más que en pos de la felicidad—que no existe como categoría absoluta—en pos de la satisfacción interior, relativa también siempre, como relativo es todo. He aquí la décima en cuestión:

*Si al ser feliz creo serlo
Sufro en mi dichoso estado,
Porque me hace desgraciado
Sólo el temor de perderlo.
Si soy feliz sin saberlo,
Pues no lo sé, no lo soy.
Así, mañana como hoy
Ser feliz nunca podré,
Pues si lo soy no lo sé,
Y si lo sé no lo soy.*

Sólo consta que Bartrina escribió en calatán la poesía publicada en el reducido volumen «Algo» con el título «A un amigo» (página 49). Dice él mismo: «Escribí esta poesía en catalán. La traducción castellana que aquí publico, la debo a mi amigo Martí-Folguera». Encabeza Bartrina la poesía con un «fango e il mondo» de Leopardi el eterno y puro maldiciente.

Algunos fanáticos han tenido a Bartrina por una especie de renegado porque toda su obra la escribió en castellano. El mismo reproche se dedicó a Balmes y a Cabanyes.

Es una injusticia y sobre todo una intromisión intolerable. Se llegó a decir que la temprana muerte de los tres escritores era como un castigo por haber escrito en idioma distinto al nativo. Como si el irlandés Bernad Shaw no hubiera escrito en inglés y el cubano José María de Heredia en francés.

ECHEGARAY

He aquí una voz sulfurosa de fuego fatuo, un eco de tratumbas. Oigamos al mismo Echegaray, que nos explica—o cree explicarnos—sus manipulaciones de autor dinamitero amarrado a Plutón y a Vulcano en su larga vida desde 1832 a 1916.

*Esojo una pasión, tomo una idea,
Un problema, un carácter, y lo infundo,
Cual densa dinamita, en lo profundo
De un personaje que mi mente crea.
La trama al personaje lo rodea
De unos cuantos muñecos, que en el mundo,
O se revuelcan en el cieno inmundo
O se calientan a la voz febea.
La mecha enciendo: el fuego se propaga,
El cartucho revienta sin remedio
Y el astro principal es quien lo paga...
Aunque, a veces, también en este asedio
Que al arte pongo y que al instinto halaga,
Me coge la explosión de medio a medio.*

Esta composición que explica (muy a medias) la técnica dramática de Echegaray, lo reproduce J. García Mercadal en su «Historia del Romanticismo en España». Editorial Labor, 1943, página 347, como fruto de la propia cosecha de Echegaray. Del cual nació también esta cuarteta explosiva:

*Haya paz, pero con daño,
Miserables disolutos,
Lloviendo pólvora un año
Y fuego quince minutos.*

La preocupación catastrófica de Echegaray tiene referencias frecuentes a la pólvora y a la dinamita. El psicoanalista concienzudo no dejaría de relacionar el dinamitismo de este dramaturgo desencadenado con la época de su madurez, tan llena de estampidos de eco universal. Y otro psicoanalista podría explicarnos los motivos que tuvo Echegaray para crear sus infundios pasionales con tiras de papel negro y

relleno de trazo siendo vasco de abolengo, cuanto el glorioso y nunca bien ponderado País Vasco tiene un Romanticismo aldeano de roble entrelazado con vides ácidas y flores de espinas disimuladas mientras Echegaray las afila.

En realidad quiso vestir con levita a los arquetipos calderonianos en «La esposa del vengador» (1874). Hay otra obra de honor mermado y malparado, «En el puño de la espada» (1875) que mereció una rechifla de los jesuitas, los cuales veían con alarma a sus lozanas penitentes de la aristocracia aficionarse a las pasiones desorbitadas de los personajes de Echegaray.

Por entonces y como reacción de contraste se movilizó la pluma casi zulesca del padre Luis de Coloma, con «Pequeñeces», novela de escándalo que pone en evidencia y en entredicho a la aristocracia con más buen humor del que empleaban los anarquistas. La obra de Coloma contiene un principio de clara morbidez expresada en sus primeras páginas con visible emoción por un colegial adolescente que recita cierta poesía dedicada a un ídolo amatronado—la virgen del Recuerdo—ídolo del que parece enamorado casualmente el colegial por los requiebros que dedica a la belleza de la hebrea sin parigual. Lo más curioso es que los jesuitas eran autores de la poesía amorosa y que el adolescente, enamorado de la matrona, recita piropos tan retrecheros como si los discurriera él. No cabe dudar que el llamado sacramento de la penitencia es más que nada un sicalíptico observatorio, como lo es también el prurito de los románticos confesándose a veces como acabados pornográficos, pero ellos sin serlo.

¿Romántico Echegaray? Lo es ciertamente, pero de la vertiente adversa, en su «Muerte en los labios», «En el seno de la muerte», «Mancha que limpia» y demás dramas de gatillo y duelos a espada. Su propensión a la furia de teatro y a los conflictos que bien podemos llamar cornelianos en Francia, de «cornélien retardataire»; su irresistible pasión por las erupciones volcánicas, por los pistoletazos y por los bandazos del corazón, que siempre resulta rebelde a los cardiólogos, a las duchas y a la valeriana; su efectismo de venganzas, gestos inevitables, azares y manotadas, todo eso es romántico de vertiente adversa. Lo es sobre todo—y en esto se iguala a Víctor Hugo en la respectiva esfera los dos—en su opinión de que en los personajes románticos no hay término medio porque son todos monstruos o criaturas angélicas; para decirlo con palabras de Echegaray, seres «que se revuelcan en el cieno inmundo o se calientan a la luz febea», de Febo. Y por cierto que esta manera unilateral de juzgar lo heredó, como otros defectos de los románticos, la literatura llamada impropriadamente social, no la sociable. Esta puede ser integralista sin necesidad de ser rígida y pura sin necesidad de ser sectaria.

Ya en el ocaso de la vida Echegaray, desde el 80 al 96 del siglo XIX, trata de sugestionar a su público, huidizo ya, con temáticas de cierta manera realista y naturalista, empujado por el naturalismo que anda ya con robusto aliento sus pasos iniciales. Época de «El loco Dios», «El gran gaileoto» y otras obras de tesis fulminante, recapituladas en sofismas que a ratos parecen astrales y a ratos de barbero incontinente en la peroración.

Pero Echegaray, con todo su aire arrebatado y su energética pasional de resorte, su pólvora y su dinamita, se estacionaba invariablemente entre las clases boquiabiertas y enlevitadas, las mismas que parecían amortajadas en vida y que tenían una idea de pasar o ir pasando los días sin sobresaltos. Como si Echegaray quisiera reanimar aquellas momias, sacaba a escena personajes opuestos a las momias.

Cuando trató de ser émulo de Calderón en terroristas venganzas, quedó bastante más ladeado que García Gutiérrez, el tan estimable dramaturgo de «El Trovador», obra que también se desarrolla de cara a la venganza, aunque tenga volanderas incongruencias en exceso entretenidas contra la unidad, no contra la unidad formal o contra las unidades formales clásicas, sino contra la unidad del concepto activista romántico que es absorbente y elimina el detallismo.

Cuando los dramas de Echegaray transcurren entre adjetivos exclamatorios, interjecciones y anatemas cuyo detonante es el desquite, el celo mal reprimido, el sentido impositivo, la exageración, el amor sin moratoria ni remedio, la riqueza carente de freno, el humor negro sin ventilación simple producto de glándulas cansadas, la altanería sin correctivo y la injusticia que se sabe impune, truenan y retruenan en España. Cuando los obreros de nobles convicciones internacionalistas dan tan altos ejemplos de lucidez y de pulcritud, ahí está Echegaray electrificado por las candelillas de su teatro de terremotos; ahí está con su sombrero de copa, su gabán con cuello de piel y un eterno habano de bicoca en la boca presidiendo a los millonarios envenenadores de la Tabacalera y a los desocupados excursionistas del velocipede recién inventado; ahí está Echegaray suspirando por un ministerio y titulando un cuarto de siglo de Romanticismo español.

Pero los románticos son los separatistas del Pacífico y de las Antillas, los ahorcados por la Inquisición en Jerez, los que con Torrijos y Mariana Pineda tenían el corazón en vilo y a la altura de Himalaya. Romántico era Rizal, románticos los negros y mestizos de Cuba como los malayos de Filipinas, románticos los refectorios integrales, románticos los que perecieron en garrote vil, vil para el verdugo y sus empleados.

Los personajes de Echegaray están cargados como bombas o garrafas de ácido sulfúrico. No tienen espera. Mantienen pasiones violentas incommensurables: honor tan convencional como ilimitado, vidriosidad de reacciones truculentas, voluntad con espasmos y encogimientos. Y todo ese mundo desorbitado ha sido creado por un matemático como Echegaray, uno de los primeros ingenieros de Europa, divulgador de la ciencia, sobre todo de la aplicada, que explicaba con gestos apagados de nigromante tímido.

No es simple casualidad que presidiera Echegaray—con su perilla tan peripuesta—el banquete de desagravio con que se trató de consolar a Isaac Peral, inventor del submarino de su nombre. De consolar a Peral, afectado en extremo por la ofensiva mansa de sus camaradas de profesión, que bloquearon al inventor, matándolo lentamente a disgustos porque les estorbaba.

Siendo Peral poco decidido sabían que no sería capaz de interesar a los técnicos de industrias civilizadas, que hubieran podido derivar la novedad funcional del submarino a menesteres de orden circulatorio y de paz, de manera preferente a la oceanografía.

Pronunció Echegaray en aquel acto, como testigo de mayor excepción de la inventiva, un resonante discurso, aunque sin extralimitarse ni en un milímetro. Seguramente era el portavoz del poder oficial, que no quería quedar del todo mal con Peral ni del todo bien con sus cariñosos detractores.

Dió la sensación de haber asimilado bien el invento, pero después del himno inflamado a la electricidad, nada sirvió para dar derivaciones civiles al submarino. Para emprender este problema, que era básico y desplazaba a la vez la oficiosidad de los atajazolaces, la mente de Echegaray era tan insensible como un encerado... Y a última hora Peral, se vió sólo si exceptuamos a las cigarreras—rasgo romántico de simpatía—que nada podían hacer por él, siendo en todo momento digno contraste de la malevolencia oficial y de la profesional graduada, mientras los operarios que trabajaban con Peral hacían causa solidaria con las cigarreras. Echegaray

ray prefirió quedarse con la Tabacalera que con las cigarreras y con los mecánicos. Rasgo de escaso relieve romántico. Las verdaderas románticas eran las cigarreras sin saber leer ni escribir.

Cuando era Echegaray dictador de la escena, en camino avanzado ya de quedar destronado por el Mefistófeles de Benavente y la alegre algaraz de dos costumbristas andaluces como los hermanos Quintero, lo que prefería escuchar Echegaray, con la imaginación en constante tensión de velatorio, era—como decía él—«la voz de ultratumba» de María Guerrero. Tales palabras de Echegaray son más Echegaray que todas sus obras y hacen pensar en cierto agudo crítico que resumió en una cuarteta la dramaturgia de aquel autor:

*Es el amor un guerrero
Que no quiere dar cuartel.
Unas veces muere ella,
Y otras veces muere él...*

PRIMERA MUSA ESPAÑOLA: LA EXAGERACION

¿Podría decirse que Larra es un Beaumarchais o un Paul-Louis Courier? No. Larra es Larra, sólo él y nada sin él. Precursor de Angel Ganivet, otro suicida. Imposible escarbar en un cadáver. Imposible entrometerse en los motivos que conducen al suicida para pasar al no ser. Impropio tratarse de valeroso o de tímido. Cuando muere se lleva el secreto y no es lícito hurgar en una conciencia que ya no existe. Pero es lícito analizar sus obras.

Vivió excesivamente sobresaltado por la tremenda tragedia del descontento sin tregua, de la crítica permanente. Toda la mejora vital del mundo se realiza cuando el descontento que critica mucho y crea poco, se decide a crear mucho y a criticar poco, cuando se apresura el desempate del vicio y de la repulsa en confusión a veces toda una vida, sacando del hecho fuerzas nuevas ajenas al sentimiento y al desquite, a la insistencia cruel que tiene mucho de sádica.

Larra, inteligencia magnífica tenía aversión incurable a los malos dramaturgos. No podían éstos dar de sí más de lo que daban, ni la crítica estaba en el caso, siendo bobalicón como era, de exigir o aceptar lo que era del gusto de Larra, uno de los pocos valores opuestos por el vértice a la inmensa, a la cósmica, a la polifacética bobaliconería española. Los boquiabiertos sentimentales alimentaban el Romanticismo de vertiente funeraria a pesar de ser la mar de divertidos, de la misma manera que lo cómico español hace llorar en sus variantes de casticismo cuando sale por peteneras.

De la generación de Larra dice Ixart que al llegar a la mayoría de edad «parecía medio epiléptica, con sus ansias insaciables, ávida de improvisarse un mundo en pocas horas, rebelde al freno que la agarrotó en la adolescencia». Conceptos admirablemente justificados como hechos vistos, pero no pueden achacarse exclusivamente los hechos al «enemigo oculto», al Estado o a la burguesía. En la adolescencia el freno nada tuvo de violento para las gentes conformistas; la epilepsia por insatisfacción no era rebeldía racionalizada, sino instinto perturbado por motivos contabilistas o sentimiento presuntuoso que viéndose reprimido aspira a poseer la mujer como un bastón, en propiedad absoluta; el concepto que una perturbación mental de tipo mágico, una herencia del deslumbramiento religioso y romántico autoritario anclada en los cerebros con garfios de animalidad. Esta animalidad ha pasado a la demagogia, de la misma manera

que el contrapeso de lucidez y de tolerancia permanece en la avanzada sociable.

La musa española más desacreditada es la exageración, que fué por antonomasia una musa romántica. Larra, con todo su enorme talento, la escuchó complacido. El duque de Rivas, verdadero prócer del Romanticismo, la complicó volublemente con el azar en su «Don Alvaro o la fuerza del sino» y se dió el caso de que lo voluble del azar—la vele—pareciera más importante que la brújula.

Gustavo Adolfo Bécquer, el emotivo ingenio sevillano, cuyas oscuras golondrinas fueron mensajeras de sentimientos excesivamente blandos y excesivamente tiernos, necesitó un contrapeso espartano para la adolescencia engolosinada en los centros de población densa con el blandengue poético, del que salió la poesía sucesiva un poco afeminada. Tanto lo era, que las mujeres se pusieron los pantalones y aún los llevan.

Por otra parte, y sin revisión seria de suspiros de volanda, el poeta Zorrilla nos dió una versión exagerada del amor lírico y a la vez matonesco que alienta en su don Juan. La obra más señalada de Zorrilla, el Tenorio, es un termómetro para averiguar la fiebre española aprobatoria y entusiasta del sacrilegio. D. Juan comete sacrilegio durante toda su vida. Profesa la teoría de que como dice él mismo «con oro nada hay que falle». Cuenta con esbirros pagados que le rinden servicios a cuenta y razón. Es una especie de rey de oros que sirve siempre de peones de brega. Mata a gente desarmada, seduce, roba, desafía a los murtos, viola... Y ese hombre es un ídolo del público español que podríamos llamar allegadizo, oficioso, superpuesto y de receta.

Sería interminable calendar y detallar las andanzas de tantos y tantos románticos como transitaron por nuestra áspera piel de toro ibérica; las celosas restauraciones de Hartzem-busch y su buena cepa jovial cuando repetía que era hijo de un ebanista alemán; la transición de Martínez de la Rosa, cuya figura y época estudió en libro memorable el actual rector de la Sorbona y refinado hispanista M. Sarrailh; los antipos enterneidos de Meléndez Valdés; la españolería garbosa de Pedro Antonio de Alarcón, digna de Falla; el cromatismo facilitón y atropellado de Víctor Balaguer; el orientalismo pegadizo del corremundos catalán Ali Bey y del pintor Fortuny; el anticlericalismo, obra de tonsurados románticos; Arolas en Cataluña, el abate Marchena y Blanco White en Andalucía, Vicente Boix en Valencia; el valor de Espronceda, cuyos héroes tienen una facha con dos variantes, algo automáticas en la desesperación y en el arrepentimiento, porque la desesperación es más bien aburrimiento desviado y el arrepentimiento aburrimiento sin desviar... Y nada más que exponer el deseo de que reviva un Romanticismo vital, limpio de pánicos y de tinieblas entre la juventud de nuestro tiempo.

El conferenciante había sido presentado por el profesor, presidente del Ateneo Hispanista, quien evocó la primera época periodística de Felipe Alaiz y sus esfuerzos consecuentes de treinta años sin tregua en pro de la causa humanista.

Felipe ALAIZ

EL CINE

Varsovia villa indómita... traicionada...



S que la historia se halla completamente sin defensa contra aquellos que quieren *retocarla*? ¿Es que la palabra *verdad* carece de sentido cuando es aplicada a la historia? ¿Es que el pasado tiene tan sólo el sentido que pasajeros objetivos consideran conveniente? Tales eran las preguntas que me hacía, en tanto que espectador de «Varsovia villa indómita», la reciente producción de la cinematografía polonesa.

En torno mío había franceses que tomaban de esta película, con entera confianza, conocimiento de los sombríos acontecimientos que se desarrollaron en 1944-1945 a las orillas del Vístula. Tan sólo yo no participaba de la impresión general. No sin razón: la idea primera de este film había germinado en mi cerebro en 1945. En seguida escribí el proyecto de escenario. Fué aceptado por la compañía del Estado «El Film Polonés». El novelista Georges Andrzejewski y yo escribimos el escenario de un modo detallado. Luego marché al extranjero y, de tiempo en tiempo, recibía noticias relativas a los numerosos obstáculos que hallaba la realización del film. Dichos obstáculos eran de carácter político. A medida que se desarrollaban en Polonia los cambios ya sabidos, de contragolpe, el plan del film sufría las consecuencias. En el contenido del mismo se reflejaba lo mismo la liquidación del Partido Campesino que la absorción de los socialistas y la «purga» de Gomulka; en lo sucesivo se procuraba modelar el pasado cual húmeda arcilla. Entonces pedí que mi nombre dejara de constar en la obra. Explicué que no habiendo contribuido en los cambios efectuados, no tenía en la obra más que una parte mínima. Finalmente, el film fué realizado, pero, dado que no estaba aún en la línea, estuvo sometido a un remontaje, y cuando al fin, se halló a punto, las autoridades vacilaban a este respecto: ¿sería oportuno proyectarlo en Polonia donde cada uno conoce, por supuesto, la historia de la destrucción de Varsovia, cuando en la película había tal dosis de mentira? ¿Es que el público tragaría aquello sin pestañear? Lo ha dejado pasar todo. No podía ser de otra manera. Actualmente se viene enseñando a los franceses los «hechos». He visto el film siete años después del momento en que, paseándome por las calles de Cracovia, sentí esa excitación particular que acompaña al nacimiento de una idea. Hoy, el compositor Roman Pelester, autor de la música del film, y yo mismo estamos exilados.

¿Cuál era la concepción original de la película? Las ruinas de Varsovia en 1945. Aquello era algo inverosímil, cuyo equivalente no existía en parte alguna: montañas lunares, un gran cadáver de ciudad con los intestinos reventados. ¿Es que la cámara no debía fijar ese paisaje terrible? En los escombros vacíos de la ciudad, de la que los nazis habían deportado toda la población, se escondían aún algunas docenas de aislados, llevando la vida de las bestias salvajes en la selva. Ello se produjo a partir del momento en que la insurrección de Varsovia fué aplastada por los alemanes, tras de dos meses enteros de combates en las calles (el ejército rojo miraba todo esto desde el otro lado del río), hasta el día en que las ruinas desiertas fueron ocupadas por los rusos: octubre, noviembre, diciembre, primera mitad de enero.

El destino de todos esos seres debía ser el asunto de la película, cuyo título primitivo era el de «Robinsones de Varsovia».

El motivo del film consistía en el retorno a la barbarie, el suicidio de una civilización a manos de los nazis. El hombre recomenzaba su vida partiendo de la nada; transformado en troglodita, tenía que ir haciendo descubrimientos al igual que Robinson en su isla. El agua, el fuego, el sustento más elemental, la muerte a manos de salvajes, eran los problemas vitales. En su concepción primera, el film era de un severo realismo, como ciertos films italianos. Hubiera sido un film en torno a los elementos de la materia vistos de nuevo y en toda su importancia por el hombre.

De este punto de partida no queda rastro. Sea cualquiera el elogio que el Este pueda prodigar a los films italianos, subsiste el hecho de que el «realismo socialista» no tiene nada de común con el *realismo*; que el mundo tal y como *es* o como *fué* tiene mucho menos importancia para el Partido que tal y como *debe ser* o *debería ser*.

No se han fotografiado las ruinas de Varsovia cuando ellas estaban aún humeantes. Han rodado la película en un estudio de Praga. Ello le quita ya a la cosa su autenticidad de base. Han separado también el aspecto humano, o más bien la han reducido a dosis, explotable para fines políticos, pues en esto estriba el «realismo socialista»: no se emplean las imágenes más que a título ilustrativo de una tesis.

Había cuatro héroes en la primera versión. Todos habían quedado en Varsovia—como así era en la realidad—por razones más bien accidentales. El primer hecho de transformación hizo de uno de ellos un comunista. Después, al año siguiente, se agregó un segundo. Y después aún otro más. Actualmente, los cuatro son militantes del Partido que se quedan en la ciudad por orden superior. Se les agrega un paracaidista soviético, y, de cuando en cuando la acción se desarrolla en el Cuartel General del ejército soviético, desde el otro lado del río. De este modo el espectador recibe la impresión de que las luchas insurreccionales fueron la obra exclusiva de los comunistas. Tal es el poder sugestivo del film. Se generaliza de un modo forzado lo que se ve; los héroes toman carácter de símbolos. En realidad todo fué de otra manera: los grupos pro-rusos no desempeñaban en la Resistencia casi ningún papel. De ahí que interrumpiendo el avance aguardaran a las puertas de la ciudad. Aguardaban para intervenir, a que todo estuviese ya consumado. No era tampoco cuestión de quedar en la ciudad por orden del Partido, pues hay que darse cuenta de la extraordinaria debilidad del comunismo en Polonia, en donde aquél era sinónimo de nacionalismo ruso. El film definitivo no es otra cosa, en este aspecto, que la fabricación de un mito.

No quiero referirme al aspecto artístico. Desde el momento que se rechazaba la antigua concepción, basada en la fidelidad minuciosa, a lo verdadero, a la observación de la materia, en el momento que se cambiaba el film documental para hacer de él una novela de aventura política perdió casi toda su importancia.

Las interpretaciones mejor logradas son las de los rusos. su actuación produce viva simpatía. Personalmente, opto por el atractivo de esta creación. Incluso cuando se trata del aspecto de realización, el film presenta una jerarquía minur-

ciosamente escogida en lo que a caracteres *blancos* y *negros* se refiere: blancos número 1, los rusos; blancos número 2, los comunistas poloneses; blancos número 3, los «buenos alemanes»; negros número 1, todos los otros alemanes.

La destrucción de Varsovia abandonada, donde, en los combates de las calles perecieron más de doscientos mil hombres, mujeres y niños, es una de las más vergonzosas páginas de la última guerra. En el antiguo escenario de ese horror se había silenciado. De cosas como ésta ya no se habla públicamente en Polonia desde 1945. La intención pri-

mera no pretendía ni justificar ni condenar a Rusia. Lo que importaba era demostrar el sufrimiento del hombre.

Hay algo de horror indecible en la explotación de los más nobles sentimientos de solidaridad con aquellos que sufren cuando ello se hace servir para inculcar a los espectadores una noción falsa de los acontecimientos pasados. Yo guardo algunas reservas en cuanto al sentido político de la insurrección de Varsovia; pero la verdad es la verdad, y nada más

C. MILOSZ

DE TODO UN POCO

LA CONQUISTA DE MADRID

Formando parte del reino árabe de Toledo figuraba la que hoy es capital de España. El famoso historiador y geógrafo Xerifal-Edisi, dice que **Machrith**, ciudad y plaza fuerte estaba asentada en la jurisdicción de Toledo y al pie de sus montes. Su posición estratégica era apreciada por los moros, y los reyes cristianos habían intentado varias veces a su reconquista, pero sin que sus intentos lograran éxito favorable hasta el siglo X, en que Ramiro II acometió briosamente la empresa y consiguió abrir brecha en sus muros y causar grandes destrozos en sus moradores; pero como no tenía seguridad de poder conservar la plaza en su poder, se resolvió a abandonar su recinto y regresó a León con rico botín de guerra.

Otra tentativa no mucho más duradera fué realizada por Fernando el Magnífico; pero la conquista definitiva correspondió a Alfonso VI.

El conquistador de Toledo decidió recuperar de una vez para siempre aquellos territorios y arrojar de allí a los moros para devolver a los cristianos la antigua corte de los visigodos, y emprendió la reconquista de la renombrada **Medina Machrith** o **Majerit**, nombres árabes con que se designaba la Mantua Carpetana de los romanos, el Madrid de nuestros tiempos.

UN BAROMETRO ANIMAL

Puede obtenerse un barómetro vivo muy seguro metiendo una sanguijuela en un vaso de agua. La vasija deberá ser de vidrio, de bastante tamaño y estar tapada con una tela que deje pasar el aire. Las indicaciones que se observan son las siguientes.

Buen tiempo: La sanguijuela se queda inmóvil en el fondo de la vasija y se enrolla en espiral.

Lluvia: La sanguijuela se desliza hacia la parte superior y permanece allí hasta que el tiempo se asegura.

Viento: La prisionera se mueve por su límpida habitación con sorprendente rapidez, y rara vez descansa hasta que comienza a hacer viento fuerte.

Tormenta: Durante un día o dos antes de la tor-

menta la sanguijuela está casi siempre fuera del agua y muestra gran inquietud con movimientos casi convulsivos.

Helada: La misma posición que para el buen tiempo.

Nieve: La misma posición que para la lluvia, debajo de la cubierta de la tela superior.

LA MUELA

Era todavía un niño cuando una fría mañana de invierno, un hombre que llevaba un hacha sobre el hombro se me acercó sonriendo:

—Oye, precioso, ¿tiene tu padre una muela de afilar?

—Sí, señor—contesté.

—¡Oh, eres un simpático rapazuelo!—adjuntó. Me permites afilar el hacha?

Halagado por el cumplimiento, contesté:

—Sí, señor está allí abajo en el sótano.

—¿Quieres, pequeño hombrecito, proporcionarme un poco de agua caliente?—insistió.

¿Cómo resistirse? Me apresuré a servirle lo pedido.

—¿Qué edad tienes y cuál es tu nombre? Te aseguro que eres el niño más simpático que he conocido. ¿Quieres hacerme el favor de darle un poco a la manivela?

Encantado como un tonto por tantos halagos, accedí a su demanda dándole a la rueda hasta casi extinguirme de fatiga. Afilada el hacha, nuestro hombre, revolviéndose hacia mí, me dijo bruscamente:

—¡Eres un pequeño pilluelo! ¿Por qué has faltado a la escuela? ¡Largo de aquí si no quieres que te dé unos azotes!

Este recuerdo quedó profundamente grabado en mi memoria. Cuando escucho los halagos de un comerciante hacia sus clientes, digo para mí «Este hombre necesita afilar el hacha». Cuando veo a alguien comportarse como un tirano, halagar al pueblo haciendo pomposas declaraciones de amor a libertad, no ceso de repetirme: «¡Desconfía, Juan Pueblo! ¡Este tipo pretende que des vueltas a la muela!

Benjamin FRANKLIN.

SOBRE LA DELINCUENCIA ⁽¹⁾



L Mikado, como recordaréis, se vanagloriaba de ajustar el castigo al delito. Si hubiese sido una de las mentes más progresivas del Ministerio del Interior inglés habría hablado sobre la forma de ajustarlo al delincuente. Muchísima gente usa la palabra más bien como una galantería para el criminal. Quiero empezar por decir que esto es técnicamente incorrecto. El delito es algo que la ley castiga, y eso es todo. Probablemente la máxima principal de la ley criminal es que nada es castigable al menos que la ley lo prohíba expresamente: los delitos son aquellas acciones que están prohibidas y que son castigables, y el término es un término legal. Delincuencia es un término psiquiátrico, y por regla general significa esa clase de conducta (desorden) que expresa por sí misma una ofensa a otra persona o agravio general a la sociedad.

Luego es la delincuencia y no el delito lo que estudia la psiquiatría. Yo creo que vosotros veréis que esto debe ser así. Los datos estadísticos sobre el predominio del delito por ejemplo, no significan casi nada porque cualquier acción puede llegar a ser o dejar de ser un delito de la noche a la mañana. Si el Parlamento lanza un proyecto de ley o el ministro da un decreto prohibiendo la venta de areques menores de dos pulgadas de largos, éste se reflejará en la estadística criminal. Escojo ejemplos extremos para ilustrar la diferencia. En la mayoría de las sociedades, incluyendo la nuestra, es verdad que la mayoría de los delitos, al menos los más importantes, son actos de delincuencia, pero en los últimos cien años esto ha llegado a ser mucho menos cierto, debido al crecimiento y volumen de las leyes administrativas. Y la diferencia llega a ser más importante tan pronto como uno empieza a intentar usar métodos psiquiátricos al tratar con aquellos que los tribunales condenan. Debe ser obvio, creo, cuando vemos a la gente decir que todos los convictos criminales deberían recibir tratamientos psiquiátricos, que la psiquiatría tendría muy poco que decir a Robin Hood convicto de haber disparado contra los venados del rey, o al hombre que roba cuando está muerto de hambre o a los mártires de Tolpuddle o al individuo convicto de hacer apuestas en la calle. Esos no son ejemplos extremos. En los últimos años hemos visto pedir a los psiquiatras que rehabilitaran a gentes y las reajustaran a la sociedad porque éstas rechazaron el tirar bombas sobre la población civil o comulgar con las leyes raciales de los nazis. No creo que tenga necesidad de decir nada más para reforzar la diferencia entre criminal y delincuente, excepto señalar algo sobre lo que volveré más tarde: que mientras algunos delincuentes cometen delitos, aquellos que los cometen son seleccionados arbitrariamente por la forma de la ley que rige en aquel momento, y aquellos otros de idéntico carácter son, o bien no punibles o miembros esenciales dentro de nuestro pre-

sente tipo de sociedad. Estos pueden inclusive hacer las leyes que determinan la selección.

Quiero empezar por tanto, limitándome a los delincuentes que son criminales en el sentido de que chocan con la sociedad y con la gente que les rodea en un sentido que les lleva a litigio con la ley porque representan un desafío definido a las ideas de la sociedad que nosotros, en esta conferencia, hemos estado discutiendo. Uno de los argumentos firmes en favor del poder coercitivo usado por el Estado es que los delincuentes de este tipo existen y que necesitamos protegernos contra ellos. Yo sé que la mayoría de nosotros no acepta ese argumento mucho más de lo que aceptamos el castigo. Lo que quiero hacer hoy es daros una clara idea de la prueba que, a mi parecer, justifica nuestra repulsión del mismo, pero, no obstante, siento, al leer parte de nuestra literatura, que estamos en peligro de subestimar la actividad de estos delincuentes y de presumir más bien con regocijo que en una sociedad de la naturaleza de la que estamos examinando, desaparezcan y no causen más disturbios. Es muy cierto, creo, que podemos hacer desaparecer esta clase de delincuencia casi por completo alterando la forma de sociedad, pero solamente si tenemos una idea clara de las causas exactas que la producen.

Si hablamos en términos generales sobre la forma de deshacernos del capitalismo o de la coerción, nos definimos realmente de una forma tan vaga como el viejo magistrado que habla sobre el mejoramiento de la típica moral de la nación. La sola esperanza de deshacerse de la delincuencia, en una sociedad anarquista o en cualquiera otra, está basada en que tengamos un cuadro tan claramente trazado de sus causas como el que tenemos de las causas de una enfermedad epidémica. Y esa información podemos obtenerla por los mismos métodos exactamente. Quiero examinar algunas de las ideas origen de la delincuencia que se han sostenido en el pasado, en estudios más recientes y últimamente en las deducciones de este trabajo, en el planteamiento de los nuevos principios sociales que emprendamos.

Durante el período en que nuestra ley criminal se formó, la explicación normal de la delincuencia era que ésta se producía por la perversidad espiritual. En otras palabras, tenía causa sobrenatural. En tanto que ese punto de vista persistió, los intentos por analizar más ampliamente esta frase fueron más bien limitados y dispersos aunque de ninguna forma quiera decir esto que no existieron. Con el crecimiento del deísmo y del racionalismo, la idea del pecado original y del diablo no decayeron en forma alguna muy rápidamente. Se tradujeron en las ideas de una tendencia básica-humana, para recaer en la agresión contra los otros y en la idea de la exigencia antisocial instintiva, la cual tuvo que ser refrenada. Nosotros aceptamos ya la tendencia básica-humana o más bien reconocemos que los impulsos agresivos son normalmente el anverso de los impulsos sociales, pero tenemos que aceptar la idea de que muchas gentes han desarrollado intensamente en sí mismas impulsos antisociales. El punto de partida de la criminología racional vino cuando el trabajador individual

(1) Conferencia leída en la Escuela Anarquista de Verano de Inglaterra y editada en folleto por el periódico «Freedom», de Londres.

empezó a darse cuenta dónde se originaban estos impulsos, por qué algunas gentes los manifiestan más claramente que otras, y cómo pueden éstos ser remediados. El libro considerado usualmente como el principio de la psiquiatría moderna de los delincuentes es «Dei Delitti e Delle Pene» de Beccaria, publicado en 1764, pero ese libro es un alegato al tratamiento humanitario más bien que un estudio de causas. Tal vez el primer estudio serio de causas, aunque más bien estaba equivocado, vino del fisionomista Lavater, quien originó dos de las más duraderas y desorientadoras ideas en psicología, la del tipo criminal y la del rasgo-personalidad, los cuales pretendía ser capaz de reconocer en la expresión del rostro. Su influencia es muy manifiesta en la obra de Lombroso.

La tendencia de la obra de Lombroso, como probablemente sabéis, era presumir que el delito era una predisposición innata similar a la pericia artística o gran inteligencia. Ideas de esta naturaleza hicieron mucho para limitar el intento de tratar al delincuente como susceptible de curar, presumiendo que el hombre que comete un delito es genéricamente diferente a aquél que no lo comete. Pero estas ideas se apoyaron en una observación muy importante, la cual subsiste aún: que todos aquellos que cometen delitos pasan a formar dos grupos bien definidos: aquellos que cometen delitos por causa justificada; quienes roban cuando tienen hambre o matan a alguien bajo la influencia de una provocación extrema; aquellos que son fracciones periódicas y cometen delitos tras delitos, muchas veces idénticos en detalles.

Creo que es importante reconocer este hecho, sobre todo cuando intentamos señalar la pretensión de la teoría política de que la ley de la fuerza coercitiva del Estado es nuestra protección principal contra los delincuentes. Completamente aparte de cualquier consideración del anarquismo, los hechos muestran que una proporción relativamente grande de los delitos y que son delitos penales como opuestos a las ofensas administrativas, son obra de un número relativamente pequeño de gente. La prueba que tenemos hoy indica que cualquiera de nosotros aquí presente, estamos expuestos a cualquier acto de delincuencia si se nos provoca suficientemente. El miedo al castigo puede jugar una parte pequeña en guardarnos dentro del orden, pero si este miedo desapareciera, muy pocos de nosotros se lanzarían a robar cualquier cosa o a matar a la persona que menos nos agrada. Nuestro nivel interno de conducta nos prohibiría el hacer eso. Por otra parte, hay este grupo bien definido de individuos que hacen repetidamente tales cosas, y que las hacen a pesar de la ley, a pesar de castigos repetidos y a menudo, sin sacar ninguna ventaja personal por ello. El problema del delito no es el problema del extravío o impulso innato, natural y antisocial. Las sociedades estables controlan a éstos muy efectivamente, sin coerción, por medio del mismo grupo-costumbre que haría a cualquiera de los aquí presentes muy reacio a pasear en cueros por Oxford Street, aunque no se detuviera por hacerlo. El problema del delito como amenaza sería para el derecho y la vida individual es el problema del malhechor persistente, y la sola protección que el Estado nos da contra él es su ausencia mientras están en prisión. No necesito argüir con vosotros contra el encarcelamiento por meros fines preventivos. Si podemos rehabilitar esta gente, deberíamos hacerlo. Hay el ejemplo, con base política, de encerrar a aquellos que sufren tuberculosis declarada. Pero nosotros no consideramos justo o equitativo hacer esto. Desde nuestro punto de vista, lo importante es que esta amenaza para la sociedad, sobre la que el Estado basa tantas de sus peticiones, desaparecería si pudiésemos indagar por qué los individuos se convierten en malhechores persistentes, hacer desaparecer las causas que les hacen llegar a esto, localizar y rehabilitar el caso origen, y con eso, hacer desaparecer

la materia, aunque no hiciésemos nada por rehabilitar los casos perdidos.

La segunda cosa que Lombroso reconoció y que le condujo a considerar el delito como congénito, fué que el malhechor persistente empieza casi invariablemente sus actividades antisociales a una temprana edad. Y generalmente se reconoce que si nosotros pudiésemos enfocar nuestra atención sobre el delincuente juvenil, separar el grupo de los que llegarán a ser malhechores persistentes, como opuesto al grupo de niños traviesos, y parar el proceso allí, el delito, como problema administrativo, desaparecería virtualmente. Es por eso por lo que hoy se pone mucha atención psiquiátrica en la delincuencia juvenil.

Habréis notado que no he hablado en términos específicamente anarquistas o revolucionarios sobre este problema y es porque la mayor parte de la labor que se hace hoy no se hace por revolucionarios sino por psiquiatras que intentan trabajar si no con el orden existente al menos dentro de él. Creo que su obra es importante y por esta razón la delincuencia no está limitada al delito. Mientras más avanzamos en la antropología y en la psicología de la delincuencia, más claro vemos que los mecanismos que impulsan a alguna gente a ser ladrones o persistentes asesinos no son dinámicamente diferentes de aquellos que lanzan a otras dentro de otra clase de delitos; los no castigables y no socialmente aceptados con quienes chocamos cada vez que criticamos el Poder y la coerción como instituciones. Esta no es una teoría peculiar de los anarquistas. Esta tiene una amplia y, creo, creciente aceptación en psiquiatría. Como anarquistas, el deseo de dominar es el «delito» que más nos disgusta. Nosotros reconocemos que de momento las actividades de delincuencia de los gobiernos y de los individuos psicopáticos en ellos, son una amenaza mucho mayor al avance social que inclusive el ejemplo más grave de delitos castigables. El individuo que es inteligente, o afortunado al mismo tiempo que delincuente, puede expresar el desorden básico de su carácter en una forma en que éste no sea condenable. Si es desafortunado en una forma en que la inteligencia, lo expresará en la forma comunmente conocida como delito. En otra contextura, el psicópata agresivo que golpea a las gentes y las roba puede ser psicodinámicamente idéntico al carcelero sádico que golpea al preso y se le permite hacer eso, o al dueño de la casa de juego que va a la cárcel, y al demagogo que asciende a la jefatura de su partido.

Por esta razón, un intento científico para averiguar los factores concretos en la sociedad, la familia y el individuo, que conducen a «ofensa» del tipo delincuente, es por sí mismo una actividad revolucionaria. Siempre que por revolución entendemos el intento de alterar las reglas sociales inútiles por medio de una acción consciente. Y cualquier contribución a este estudio, aunque las personas que lo realicen no lleguen a comprender su verdadero significado, es de vital importancia para nosotros como revolucionarios. Y tiene además otro significado. Nosotros no somos siempre muy lógicos. La mayoría, creo, nos negamos en principio a indignarnos y no queremos reaccionar, por exigencias de la venganza, contra bandidos o asesinos, porque decimos que su conducta es la consecuencia de los defectos de la sociedad. Por otra parte, nos indignamos muy a menudo, y podríamos reaccionar de igual forma en un sentido sentimental, ante la actividad de poder de grupos o individuos gobernantes. O tal vez, más característicamente entre los anarquistas, ante la actividad de una clase o de todo el grupo de gobernantes que nos parece actúa brutal o malvadamente en su propio terreno. No quiero decir que deberíamos encogernos de hombros cuando nos tropezamos con un asesino empedernido. Pero creo firmemente que cualquier movimiento revolucionario que sea capaz, como creo que somos nosotros, de apoyarse en la psiquiatría, puede por tanto adquirir un conocimiento profundo de los

males sociales que no se podrá adquirir por ningún otro medio. Creo que sólo hay una forma posible de revolución: una revolución basada en el estudio científico de las cosas que deseamos conservar y de las que deseamos eliminar, y su reajuste por medios que yo llamaría psiquiátricos, no políticos. Y esos son los juicios que tenemos que satisfacer si queremos contribuir al progreso humano. Se sabe hoy que no sólo el poder gubernamental sino la actividad revolucionaria misma, es un pretexto muy común para las tendencias psicopáticas de los participantes. Todos conocemos al chiflado psicopático, a nuestra costa, y siendo un movimiento minoritario, tenemos que guardarnos contra él, pues por lo que sé, yo mismo podría ser uno de ellos. La aplicación y re aplicación de juicios racionales a nuestra propia respuesta y opiniones es un deber positivo y al mismo tiempo arduo y extremadamente difícil. ¿Se basa nuestro odio hacia la coerción y la autoridad en pruebas o es una descarga de tendencias agresivas que lo mismo podrían haberlos llevado a Dartmoor (2) que al Gabinete? Este es un aspecto que no quiero proseguir, pero teníamos que mencionarlo de pasada. «El delincuente», o el psicópata, es invariablemente otro cualquiera, y no la persona que usa esas palabras.

Ahora la pregunta crucial para nosotros es ésta: ¿podemos nosotros intervenir de una forma efectiva para evitar el desarrollo del tipo delincuente de conducta-desorden? ¿Es éste, como insinuó Lombroso y como muchos penalistas todavía insinúan, un defecto innato? Creo que podemos contestar a eso con un rotundo «NO». No hay la menor prueba que apoye tal punto de vista excepto en un muy limitado número de defectuosos mentales y psicopáticos orgánicos que son destructivos o molestos, e inclusive éstos pueden ser en gran parte educados así como refrenados. ¿Es entonces un defecto económico? ¿Produce la pobreza el delito hasta el extremo de que creíamos primeramente?

Hasta cierto punto lo produce, aunque algunos de esos delitos raramente se pueden llamar delincuencia. El delito como espero mostrar en un momento, es un proceso de destrucción o descomposición y lo mismo que otras formas explosivas de conducta pueden contribuir a él muchas otras fuerzas indeterminadas. Pero la pobreza no es definitivamente la sola causa, y cualquier simple punto de vista económico no es suficiente.

Si lees la Prensa verás que las causas del delito, especialmente delitos juveniles, son conocidos prácticamente por todo el mundo: obispos, magistrados, doctores, comerciantes, carteros y editores. Desgraciadamente, ni siquiera dos de éstos se ponen de acuerdo en lo que son estos delitos. Lo que más comunmente se le llama es, bien por falta de enseñanza religiosa o por el pretendido aumento del robo, vagabundeo, etc., bien por falta de lo que se llama disciplina paternal, y el hecho notorio es que los niños roban porque desean las cosas; si roban dulces es porque quieren dulces, pero no ahorrarán para ellos, que es la teoría del sentido común de otra forma.

El solo camino para tratar con esta clase de aserción es por la debida observación, para así ver si esto es verdad. Voy a dedicar el resto de mi tiempo a un estudio particularmente importante, el cual ha sido publicado recientemente por Scott para el Carnegie Trust. Por lo que sé de él no es anarquista; así puedo citarle sin ninguna obligación de defensa especial. Las series de sus casos comprenden 102 jóvenes entre 15 y 18 años, de escuelas correccionales inglesas. Este es un ejemplo pequeño, pero el resultado y el método fueron ambos de una gran importancia. Desgraciadamente, no puedo hacer otra cosa que resumir los descubrimientos de Scott, pero el libro se puede obtener en las librerías públicas bajo el título de «Delin-

quency and Human Nature», el cual recomiendo a todos los presentes.

El primer descubrimiento de Scott es que en la mayoría de los casos, los verdaderos delitos, cualesquiera que éstos sean, sexuales, ratería u otros, representaban reacciones de abatimiento de una fuerza interna considerable. En ningún caso robó el niño porque deseaba algún objeto. Objetos no deseados fueron casos de robo. Los objetos robados fueron abandonados. La disciplina paternal se clasificaba entre muy severa y ninguna disciplina. La enseñanza religiosa era somera o completamente nula. En propias palabras de Scott, el acto de delincuencia es un escape de una situación emotiva que para el individuo particular y con varias circunstancias de su pasado, llega a ser, al menos temporalmente, insoportable. Los motivos de las ofensas los resume Scott como esquivencia-excitación, la cual está aparente y particularmente asociada con compensación de inferioridad, resentimiento contra los padres, deseos de dejar la casa, etc. Una deducción importante de este descubrimiento es que los padres delinquentes no son una determinante de gran importancia. Por esta razón: la satisfacción o alivio que los delinquentes no son una determinante de gran importancia. Por esta razón, la satisfacción o alivio que los delinquentes obtuvieron de sus ofensas no fueron concretos, como ganancias o ventajas, sino que dependían mayormente del hecho de que el delito es algo que la sociedad rechaza, el cual trae castigos, los envían fuera de casa o escandalizan a los padres. El niño cuyo padre es un ladrón, no le odia porque robe. El mayor número (53 %), se dedicaron al crimen como un medio para olvidar los problemas de sus casas en un curso de aventuras. Otros, deliberadamente, festejaron el descubrimiento para vengar a sus padres o escapar de casa. Creo que la lectura de los 102 casos de historias detalladas aquí nos da un cuadro más verdadero que los que tropezamos al tratar con el criminal persistente, que nos daría un examen de la última parte del proceso. El viejo pasado tiene un cascarón muy duro. Está en equilibrio consigo mismo, y difícilmente puedo entrar en él. Pero es el resultado final del mismo proceso. Scott demuestra claramente que la delincuencia es una neurosis, si por neurosis entendemos una clase de redundante respuesta a una situación con la que no podemos contender, la cual es por sí misma inapropiada e inútil, pero que se ha acomodado como una costumbre.

Para nuestros fines necesitamos ir más lejos y ver lo que fueron las fuerzas que produjeron esta presión. Fueron todas en esencia tensiones dentro de la familia. El resumen da pequeña idea de ello para darse cuenta con lo que estos niños tuvieron que batallar, en «buenas» (respetables) casas. Para la mayor parte uno tiene que volver a los casos de historia. Scott nos da una amplia introducción que indica el tipo de ansiedad de origen, pero no su intensidad o la ausencia total de cualquier medio real de escape para la víctima: la ansiedad sobre la salud de los padres, las amenazas de deserción, el no haber sido requeridos, enajenación de los padres, padres insaciables, neuróticos, histéricos, estúpidos, excesivamente severos; casas revueltas por peleas, separación, segundas nupcias, etc., etc. Bajo esto, uno puede construir, si así lo desea, algunos de los más clásicos bosquejos freudianos. No hay una causa superior. Cualquier fuerza mayor que perturbe la estabilidad, la confianza o la afección en una familia, puede, bajo las condiciones apropiadas, producir la delincuencia. En cualquier caso, en algunos más que en otros, la agresión, irresponsabilidad o crueldad del delincuente es el resultado de la enseñanza. Ello es una réplica a lo que ha aprendido, no un trazocarácter, sino una forma de reaccionar contra una situación. Y detrás de la estructura de la familia yace la estructura de la democracia-social urbana de Occidente, un modelo de vida comunal en muchos aspectos no viable; una sociedad que tiende a consumir no a reforzar a sus

(2) Dartmoor es un presidio inglés.

hijos porque se han vuelto socialmente incoherentes. Siendo esto así, el tratamiento requerido es el desacondicionamiento, de «adaptación del delincuente a un medio ambiente en el cual sus heridas emotivas puedan curarse mejor». Casi tengo necesidad de hacer hincapié sobre la distancia que separa esto de la idea ortodoxa de castigo legal. En cuanto a la sociedad asocial, a la que él debe volver, la forma de ésta es ya nuestro cuidado primordial como defensores de la libertad y de la ayuda mutua.

No tengo tiempo ni creo que autoridad para intentar aplicar las lecciones de lo que he venido diciendo a nuestras ideas sobre el cambio de la sociedad, excepto señalar una vez más que la familia, en vista de su participación en la formación del carácter, y todo el nexo de relación personal que contribuye a él, es la llave no solamente del problema de la delincuencia en su sentido limitado, sino en todo el amplio sentido social y en el contexto político que nos interesa en nuestro deseo de encontrar una sociedad no competitiva donde los individuos se respeten los unos a los otros sin sanción externa. Aquí hay espacio bastante de discusión y estudio.

Hay dos puntos que yo quisiera señalar. Primeramente, el trabajo hecho modernamente en este terreno parece darnos materia suficiente para estimularnos. El terreno político y el tipo de revolución por una «levée-en-masse» que los primeros radicales buscaban, nunca ha estado más desierto de perspectivas. El nuevo conocimiento y estudio del mecanismo de las sociedades humanas y de la formación del carácter del individuo, nos dan, creo, no sólo un terreno donde trabajar con toda esperanza de éxito, sino también una seguridad de que las ideas que hemos expuesto por varias razones, conscientes o inconscientes, desde los tiempos de William Godwin están llegando a ser en ritmo creciente, valor corriente del pensamiento científico. Segundo, quiero hacer remarcar la importancia que tiene el que nos mantengamos siempre al tanto del trabajo que se realiza, ver todos sus resultados apoyen nuestras preconcepciones o no. No es suficiente leer a A. S. Neill porque nos gustan sus ideas y no leer a los que le critican. Personalmente, yo quisiera ver a muchos más de nosotros, los que pueden, en-

trenarse en las ciencias sociales o emprender investigaciones en este terreno. Yo no quiero intentar convertir el anarquismo en una Sociological Fabian Society, de la que están excluidos los no científicos. Yo quiero ver algo hecho que no haya sido hecho anteriormente, una concertada, imparcial y debidamente documentada prueba para propagar las enseñanzas correctas de los resultados de la psiquiatría moderna del niño, la psicología social y política al público en general, en la misma medida que hemos tratado en el pasado de divulgar la propaganda revolucionaria. Eso, más que seguro, no implica ninguna división entre «trabajador» e «intelectual». El trabajador necesita la información y la necesita ahora, exactamente como necesita al médico o como el intelectual necesita el alimento y el carbón. En términos de ayuda mutua el uno confía en el otro. Esto es el complemento de lo que otros compañeros están haciendo en la industria al pasar por tales cosas como control de los trabajadores y autonomía local. Ambas marchan juntas. Y hay otra cara opuesta a ésta. La mayoría de nosotros podemos sentirnos deprimidos de vez en cuando sobre la complacencia del público de cara a los principios económicos, industriales y de injusticia política. Sería demasiado optimismo creer en un movimiento de masas hacia nuestras ideas, o, si tal milagro se produjera, creer que el público inglés, acostumbrado a vivir como vive y pensar como piensa, pudiera trasladarse de golpe a un nivel más alto de responsabilidad individual. Como movimiento minoritario, nuestra mejor oportunidad está en nuestro poder para formar un movimiento de opinión. Aprendiendo cómo se hacen los hombres libres y el por qué se producen en tan poco número hoy; la psiquiatría me parece ocupar un lugar no menos revolucionario aunque menos espectacular. Quiero indicaros que es aquí donde el poder, la delincuencia y la mayoría de los otros desbarajustes que queremos hacer desaparecer, pueden ser atacados por los métodos que acabaron con la enfermedad epidémica y donde nosotros podríamos ser capaces de dar nuestra más efectiva contribución en pro del mundo que deseamos.

Alex COMFORT

(Traducción de Juan Ruiz).

EL TRABAJO DEL PERIODISTA

El periodismo impone a los que a él se dedican grandes sacrificios, tanto mayores quizá cuanto más poderosas son las facultades creadoras del que a este ramo de actividad humana dedica sus energías. Me explicaré.

Un sabio encerrado en su gabinete o en su laboratorio trabaja sin cesar y sin descanso, piensa, y durante meses, años, prepara, estudia, afina, perfecciona, corrige, abriga un libro o un descubrimiento, y en estas condiciones si el sabio es verdaderamente sabio y el fuego del genio le alienta, su obra es perfecta, dentro de lo humano, y puede quedar en la historia de la ciencia y acaso su nombre pueda ser inmortal.

Esta labor no tiene día fijo ni hora fija, nadie le apremia, nadie le obliga a ir publicando retazos imperfectos, acaso plagados de errores, de su libro o de su descubrimiento, que en este caso sería ir dando muestras al público de lo torpe que es el pensamiento humano, aun en los genios.

No, el apremio no existe, él dirá: Esto hice cuando quise hacerlo.

Todo lo contrario es la labor del periodista; trabaja, no por día, ni por horas, al minuto casi producción forzosa y cronométrica, medida por los giros de la rotativa; y el pensamiento ha de ir con ella; cierto número de cuartillas ha de llenar en tiempo dado; y hay que armonizar el tiempo, que es uniforme y fijo, y el pensamiento, que es libre, caprichoso e irregular, que camina a saltos y hunde o sube disparado al firmamento, o se queda hundido en negro sopor.

Si todos los sabios dieran cuenta de lo que van pensando hora tras hora, si se les obligara a escribirlo y se lanzaran sus pensamientos a la publicidad, ¡cuántos errores, cuántos absurdos, cuántos delirios antes de que la consideración de esos casos resultase un astro para la ciencia o para el arte!

José ECHEGARAY

LA CIENCIA, EL ARTE Y LA LIBERTAD



LOS apologistas de la metodología, el racionalismo y el positivismo, fatalmente desembocan en una suerte de círculo vicioso, en el que la ciencia se enseña asumiendo la totalidad de las posibilidades de progresión humana. En el concepto científico de la utilidad, se involucra el sentido del progreso. Es decir, en el de las conquistas objetivas, reales, palpables, beneficiosas y serviciales, y también en el de las subjetivas que se han rendido a la investigación y puedan ser normatizadas de la manera—por ejemplo—de los modernos psicoanalistas de la colectividad, ingenuamente empeñados en extender una receta.

La ciencia, es el registro, el cálculo, el método, la paciencia, la ley inexorable, el esfuerzo mínimo, lo previsto, la economía. El arte, en cambio, es la exuberancia, el desborde, la impaciencia, lo imprevisto, el máximo esfuerzo, el derroche la aventura y, por fin, la utopía. Estas fuerzas antagónicas se disputan el mundo humano. La ciencia lleva consigo la seguridad, su paso es aplomado, firme, contrae un compromiso y lo cumple. El arte, no. No es un sujeto, un límite, un camino. Es la multiplicidad, el mundo de la alegría, la manifestación sin medida, la locura y la armonía final. La ciencia, que contiene alivia y somete la naturaleza a su arbitrio en procura de orden, logra un resultado imprevisible: el caos. (Nos referimos al caos dentro de la esfera moral del hombre). El arte, que es incontinencia, destrucción, deseo y hambre de espíritu, es la libertad y crea la armonía en la belleza. La ciencia no es armonía, sino equilibrio. ¡Singular diferencial! Todo el encanto de la ciencia, reside en que irremisiblemente, dos y dos serán siempre cuatro. Sobre esta base, en la inmutabilidad de este concepto, se asienta el equilibrio de la simbólica rueda. Magnífico ejemplar, ni más ni menos redondo que lo preciso. Hay un cánón y transgredirlo, acarrea el ridículo. ¿A quién se le ocurre decir que dos y dos son cinco?

Nicolai, sabio y científico, afirma que la heroína de «Como gustéis», de Shakespeare, científicamente es un imposible, que dos y dos no pueden ser cinco. Pero he aquí lo extraordinario, la ruptura y la irrupción en ese círculo vicioso de algo que no apresaréis jamás sabios miopes: la poesía. Para ella todo es posible, lo cual significa que lo es para el hombre. No importa que Rosalinda sea utópica, fantástica, imposible de fijar en un sólo tipo humano vivo. ¿Vivo? ¿Quién niega que Rosalinda no lo sea? Ella existe como anhelo, como necesidad y la comprendemos. Basta eso para abrirle las compuertas de la posibilidad, para recibir a ese monstruo que tanto teméis científicos, y que tanto deseamos nosotros: lo imprevisto.

Esa dimensión imprecisa pero cautivante, configura el espíritu que se evade de la rigurosa lógica de los apotegmas y se lanza, exuberante de vida, en lo desconocido que espera ser reconocido, no con el cerebro, sino con el pulso y la canción. Es la euforia de la partida lo que la dinamiza y le es completamente secundaria la seguridad de la llegada. Por el contrario, el científico no lanza su proyectil al azar: le importa sobre manera medir su curva, la ubicuidad del mismo. De aquí, al método aplicado en las planificaciones sociales inspiradas por marxistas, fascistas y demócratas de toda laya, no hay más que un paso. El afán

regulador se entromete en la política y se ciernen sobre la aventura.

La aventura es lo imprevisto, lo que es en tanto se manifiesta, pero no lo que será. La aventura es la revolución. Lo que niega la realidad estática, limitada y provoca su ruptura para desarrollar el deseo de cada uno. Es la libertad. Lo que agregamos y no extraemos de ningún símil de la naturaleza. Es del hombre, enteramente, esta dimensión. Pero no de todos los hombres. De ahí la lucha fratricida. Lo nuevo que alienta, es negado por lo viejo que agoniza. El destino del hombre está más allá del ordenamiento histórico. Es hermano de la larva, de la tierra y del sol, su carne es de ellos; no sólo no lo negamos, sino que nos regocijamos. Somos de este mundo sí, y lo que aportamos bajo el signo de la aventura, es para ser realizado en él, a despecho de todo lo práctico y tuertamente progresista.

¡Qué absurda y avara presunción hay en el intento de registrarlo todo, de saberlo todo! Lo importante no es saber, sino querer, tener ganas, actuar con ella impulsado por la oleada virgen de la espontaneidad. ¡La espontaneidad! ¿La concebís acaso, sabios? «Investigad—decís—, veréis cómo causas, factores, móviles contenidos, han cedido gradualmente hasta culminar en esta exteriorización. Todo está premeditado, consciente o inconscientemente». Hallan una explicación, siempre. Y así tenemos imbéciles que explican el amor, la amistad, la libertad. Introducen sus impúdicos dedos de ropavejeros en la médula del amor, y la reducen a más o menos hormonas; en la amistad, y la desnaturalizan asignándole recíproca conveniencia; en la libertad, y crean el Código. Les falta la alegría de la entrega y de la recepción. De la canción sin palabras de los sentimientos y las pasiones, volcados en la vida como una chorreante catarata. Todo pierde brillo, vuelo en sus manos. No toman la cosa en su conjunto, plena y fugaz, sino que la diseccionan tanto que al cabo se encuentran con un cadáver. Se dirá que así acabamos con las religiones. Pero no acabamos a la vez con el hombre? La mística y la fe, son dos elementos vitales. Sin ese elemento la vida carece de proyección. Es lo que contagia, lo que crea la aventura y lo que hace que Rosalinda no sea una degeneración. La metodología y el racionalismo, convierten al hombre en frío actor, en desapasionado juez. El torrente de vida libre se detiene en ellos, para continuar regulado, pasicorto, y utilizable en el mayor grado posible. Este sentimiento de utilidad obra sobre la vida nocivamente. Porque una cosa es que incorporemos las ventajas de la ciencia y otra bien diferenciada, que modifiquemos un sin fin de personales manifestaciones por adaptamos a ella. Y aquí se evidencia la fisura del caos. La ciencia, con ser nada más que la expresión ampliada, imitativa de un sin fin de sugerencias naturales, tiende, en su proyección, a pesar de su raíz congénita con el hombre, a evadirse de éste, de su control. No precisamente del que le augura la tradición natural zoológica, sino del que él ha incorporado a la vida, definiendo lo humano de lo animal: la ética y la estética.

La ciencia se moviliza contra esta dimensión por su sentido práctico, no necesario, y su afán solucionador y confortable. Y no es el caso aquí de caer en el obligado lugar de cuantos afirman que en otra sociedad la ciencia tendría otra aplicación, sino de convenir en que ella, o mucho de ella, es lo que impide al hombre encontrarse con su yo

I



DE COMO UNOS VIEJOS POEMAS PUEDEN TRAER RECUERDOS.—Nisapur es una vieja ciudad persa situada en los confines nororientales de Irán. En ella confluyen los caminos que todavía recorren las caravanas de mercaderes que van a la Turmenia bañada por el Caspio o al Afghanistan misterioso. En esa polvorienta población existe una tumba famosa, desde hace muchos siglos; en ella—polvo inmortal—reposa

Omar-al-Kayyám, sabio rapsoda, irreligioso y librepensador (según traslucen viejas crónicas), creador del hermoso libro «Rubáiyat», colección de poemas bellos e irreverentes. Leyendo éstos, dos de ellos me han impresionado sobremanera y me han hecho establecer una extraña ligazón de pensamientos en torno a un tema, del que hacía largos meses quería tratar: de mi amigo mexicano, de mi amigo Arcadio.

Dicen los poemas: «Mi venida no fué de ningún beneficio para la esfera celeste; mi partida no disminuirá su belleza ni su esplendor, y sin embargo, jamás he sabido el por qué de esa venida ni el por qué de esa partida.» El segundo es de un patetismo único: «Porque una vez al caer la tarde ví a un hombre que solitario sobre la terraza de su casa marchaba inconscientemente sobre el polvo, y ese polvo, en su místico lenguaje le dijo: No seas cruel, que como a mí, a tí también te marcharán encima».

Así habló el poeta y así me acordé de Arcadio.

II

NI SE COMPRENDIO, NI LO COMPRENDIERON.—Conocemos a muchos seres humanos en el curso de nues-

esencial, hoy difumado tras una niebla de artificiosos problemas, emanados de la ciencia. El hombre es mucho más que ciencia, es conciencia. El reencuentro con ella, no puede venir más que de su disposición integral por superar la escueta progresión material. Despojado del sentimiento de servilidad utilitaria y librando su sensibilidad en busca de su auténtica representación: el poema, en el que a diario actúan los hombres de la naciente vida, los rebeldes, los que quiebran las tablas de Moisés y la de los logaritmos. La lucha por la libertad y el arte, es la expresión del espíritu joven.

Lo innegable, es que la moral y la libertad, y el arte, que comprende a ambas e incorpora a su vez la belleza, sin fijarse objetivos precisos, sin estar fatalmente determinada, negando todas las premisas científicas, sin aportar soluciones «prácticas» y por el contrario, creando inquietudes y nuevos problemas, logra lo que incruentamente busca la ciencia: la armonía.

La armonía, en la libertad.

HECTOR

tras vidas, pero sólo algunos, por una extraña ley indefinible, producen en nosotros un sentido de amistad o afinidad verdadera. En mi amigo Arcadio hubo, pues, amistad desde el primer momento. Nada nos ligaba en el terreno cultural, ni geográfico. Habíamos nacido a muchos miles de kilómetros de distancia uno del otro; un inmenso Océano separó nuestra aparición en el mundo. Quizás lo que más me atrajo de él fué su fatalismo; ese algo místico de las razas aborígenes mexicanas. He visto a los indios pasarse horas y horas sentados en un mismo lugar sin moverse; sus facciones, barro rojo, permanecen impasibles al tiempo, que antójas eterno. Sus miradas profundas, pero a la par como perdidas, dicen mucho de los extraños ídolos aztecas, deidades que representan los distintos caracteres de la Naturaleza. Algo de sus remotos ancestros quedó en la figura de Arcadio. Su tez bronceada adquiere extraños matices de dureza o dulzura. Su vida había sido una serie de incomprendiones; de él mismo hacia sí y de otros hacia él: ni se comprendió, ni lo comprendieron. Era una alma fina en una batahola de pasiones. Algo sucedió en el seno de la familia. No habló nunca de su padre; sin embargo tenía un sentido de amor y responsabilidad hacia su madre muy grande. Aquella anciana que guardaba las mejores esencias de una raza con pasado impresionante, realmente era una figura interesante.

Hablamos en muchas ocasiones del hombre y de los dogmas. Admirado admitió muchas verdades acerca del dogma y la necesidad de valorar objetivamente la vida y sus distintos aspectos ético-morales. Amaba la música de los genios y un día lo ví llorar escuchando una sinfonía de Dvorak. Sólo en una cosa se mostró escéptico: en la felicidad para su tierra y consecuentemente para él. Era como si considerase haber nacido maldito o con un estigma siniestro. La felicidad era una palabra que expresaba la situación de otros pueblos, de otras áreas geográficas. El había nacido en una región de violencias atávicas, perversas; la maldad tomaba carta de ciudadanía en medio de una orgía de pulque o tequila. El típico panorama de la comarca poblado de cactus adquiría el perfil sangriento de un cuchillo homicida.

En tales circunstancias, las almas buenas parecían o se dejaban mecér en el vaivén angustioso de un círculo inexorable.

Un día me dijo:

—«Es admirable que no sientas tentación por la bebida ¡Yo no podría vivir sin ella! ¡Me hace olvidar el mundo en el que vivo y del que tú pretendes sacarme; tú, un escéptico, un individuo que no crees...»

—«Te equivocas—le contesté—. Creo en el hombre y sus posibilidades. Algún día verás el resultado. Por lo que a tí se refiere te dejas arrastrar por instintos digamos atávicos. Intentas huir de tí mismo por causas que te atormentan y que no te atreves a examinar y, créelo, es inútil. Cada cual se enfrenta—salvo algunas excepciones—con el destino que construye. El tuyo es terrible. Parece como si, respetando el bien en su forma simple, dijeras: ¡No, esto no puede ser para mí!»

Se me quedó mirando y sonrió tristemente como si una terrible duda emergiera en sus pensamientos y no terminara de irse.

III

UN PARPADEO ETERNO RODEA LA TIERRA.—Y en realidad se odiaba. Hubiera querido ser otro; no estar enfangado en un ambiente que lo asqueaba, pero que lo vencía y atraía por anacronismo suicida. Porque ese ambiente lo embrutecía, lo despeñaba hacia los últimos estratos de una sociedad podrida. Y lo que es peor, él mismo sentía irse.

—¡Estoy desplazado de este mundo!—me dijo un día. A lo cual yo contesté indignado:

—¡Tú eres el que te estás desplazando!

Era un proceso morboso. Los círculos concéntricos del mal lo atraían y el mefítico ambiente del desastre se sombreaaba en torno a él. Y no es que careciera de voluntad, es que no quería usarla.

—¡Tenéis grandes ideas en torno al hombre y sé que muchos de vosotros lo habéis sacrificado todo por ellas! Tengo gran respeto por todo eso; sé, también, que odiáis, y con razón, a los individuos faltos de carácter entregados a la bebida, como yo, y a otros excesos. A veces me pregunto si valdrá la pena todo ese trajín de pensamientos. El señor cura—me dijo burlonamente—habló muchas veces de estos asuntos, pero no puso gran remedio a lo comentado. Creo que su apostolado tiene algo de egoísta; el ganar el cielo obliga a muchas concesiones que al espíritu se reflejen y a muchas represiones que a la carne atañen. Vosotros en cambio, anunciáis que la función humana finaliza con la muerte. No estáis aspirando, por tanto, a la inmortalidad y a otras canonjías de orden celestial...

Al llegar a este punto, le dijo:

—Sólo queremos realidades concretas que a la vida se refieren. Todos podemos vivir mejor que como hasta ahora lo hemos hecho. Tenemos deberes y compromisos que cumplir; también derechos que exigir. La vida es una sucesión de conciencias... En realidad la muerte y la vida se están produciendo continuamente, como si un parpadeo eterno rodeara la Tierra; vida y muerte, diástole y sístole de la Humanidad... Sabemos que el hombre puede ser mejor y a eso propugnamos. Tú y yo somos personajes exis-

tentes de duración efímera, pero las ideas que estamos discutiendo corresponden a un largo proceso que la alquimia del tiempo ha venido elaborando. Avanzamos constantemente, no como unidad, sino como comunidad...

IV

EPILOGO.—Por motivos de trabajo abandoné la población donde vivía Arcadio; algún día hablaré de ella. Posteriormente supe de él ocasionalmente. No andaba nada bien. Seguía por un camino errado y saturado de pesimismo; siguió con los excesos.

—¡Nací con estigma—le dijo a alguien—y estas cosas no pueden salir bien.

Y no salieron.

Meses después volví al lugar. Por dramática coincidencia en esos días Arcadio había sido acuchillado en una estúpida reyerta. Horas después de mi llegada fui informado que Arcadio había fallecido.

Lo acompañé en unión de otros amigos hasta el viejo cementerio del pueblo. Una fría lovizna cubría el cortejo luctuoso. Pensé que el tiempo se puso a tono con el carácter que presidió el inmenso signo negativo de Arcadio. Producto de incomprensiones y violencias una cuerda fina tenía que desafinar; un complejo exacerbado de falta de comprensión íntima había destrozado su espíritu.

Tengo para mí que fué feliz en los últimos instantes de su tránsito fugaz por el vivir. Sentí una inmensa pena por lo poco que pudo dar, a un ser desgraciado, esta Humanidad egoísta. Había nacido rodeado de herrumbrosos prejuicios y ellos lo mataron. ¿Era justificable? Pensé que en el mundo hay un inmenso porcentaje de muertes cuyo desenlace corresponde a la conciencia resolver y que había que rebelarse contra ese inmenso crimen.

* * *

Y así fué cómo la lectura del «Rubáiyat» del viejo Omar me hizo recordar a mi amigo mexicano Arcadio.

Adolfo HERNANDEZ



MANIFIESTO DE LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES contra MARAÑÓN



SIN el propósito de entrar en polémicas inoportunas y solo con el deseo de servir al gran pueblo español que lucha en las trincheras contra los militares rebeldes y alemanes e italianos invasores, hemos de consignar la protesta que nos merecen las incalificables declaraciones de don Gregorio Marañón aparecidas en «Le Petit Parisien», del 21 de febrero y no rectificadas hasta ahora por dicho señor.

Queremos eludir todo aquello que despierta indignación o desdén. No queremos discutir si Franco es como el Cid o como los Reyes Católicos, por apoyar en fuerzas moras sus conquistas y todas las demás afirmaciones peregrinas que Marañón ha servido a su nuevo público creyéndole con un desconocimiento completo de la vida y de la historia de España y jugando arteramente con las fechas, las circunstancias y los nombres.

No nos interesa nada que el señor Marañón se declare fascista. Apenas les interesará a los mismos adeptos de Franco, que por la emisora española de Lisboa lo hicieron saber en la noche del 27 de enero, expresando la opinión que de él tenía y las condiciones en que lo aceptaban. Tenía que pedir perdón, tenía que desdecirse de su liberalismo. A él, que hubiera querido pasar por el inventor de un nuevo liberalismo, cuya fórmula era pertenecer simultáneamente a Falange Española y a la C.N.T., se le invitaba a abjurar de todos los liberalismos y a acudir a Burgos a hacer confesión general. ¿No responden en el fondo estas declaraciones de «Le Petit Parisien» a esta invitación? El doctor Marañón no ha ido a Burgos todavía, pero desde París ha entonado el «mea culpa», ha repetido una por una todas las palabras del «confiteor». No nos importaría nada su decisión si para justificar de algún modo esa actitud suya, no se hubiera lanzado a determinada condenación contra la República, que tolera, según Marañón, los mayores excesos. Todo París lleno de intelectuales fugitivos de la tiranía roja, así lo proclama.

Pues bien: estos intelectuales a los que el gobierno legítimo de España ha permitido abandonar el territorio nacional, por razones respetables y a muchos de los cuales asiste con sus medios, sabrán dar cuenta al señor Marañón por que están en París, y, sobre todo, por qué están en Burgos. En cuanto a nosotros, los que vivimos en España, podemos decir que no nos hallamos ni prisioneros ni perseguidos. Tenemos las puertas abiertas. Hemos recibido atenciones de las autoridades sin que se nos haya pedido declaración ni compromiso alguno de carácter político. Hemos sentido en lo más hondo de nuestro corazón el inmenso dolor de los días en que estalló la revolución; pero es lamentable que el Gobierno no pueda evitar casos análogos que todas las revoluciones han producido y menores seguramente de las que se han producido en el

campo opuesto. Ello, sin embargo, no nos ha apartado del entusiasmo de nuestro pueblo, ni nos ha impedido admirar la grandeza del sacrificio que está realizando en defensa de sus ideales de emancipación, independencia y libertad.

Elegantemente, con un resbalar ligero, sin insistencia inoportuna, como perfecto hombre de mundo, el doctor Marañón alude a su fuga, a su novelesca fuga. El lector de «Le Petit Parisien» habrá sentido un escalofrío por la espalda, al leer el más dramático episodio de la vida del doctor Marañón, escrito por él mismo. Es conveniente, sin embargo, hacer constar que el doctor Marañón salió de España provisto de un pasaporte de la Dirección General de Seguridad. Así lo hizo constar aquel mismo día el director del ramo y con salvoconducto del ministro de Instrucción Pública, y que le acompañaron hasta Alicante milicias del 5.º Regimiento. La fotografía adjunta, muestra la acogida dispensada al doctor Marañón, tan dramáticamente perseguido, en el cuartel de esas milicias, el 15 de diciembre de 1936. El capitán Ganivet, que aparece en la fotografía, fué uno de los que le acompañaron a Alicante, en compañía de don Ramón Menéndez Pidal, después de haber sido testigo de la boda de un hijo el mismo, según consta en el acta matrimonial levantada en el Quinto Regimiento, ante su comandante jefe.

Salió de Madrid diciendo que lo hacía contra su voluntad como médico de Menéndez Pidal. No debe omitirse que con Marañón salió de España un hijo, oficial hoy, según se dice, en las filas fascistas, perteneciente entonces al Ejército regular español, y obligado, por tanto, a permanecer en filas.

¿Concibe alguien mayor tolerancia que la de esta República, que no solo otorga pasaporte al intelectual ilustre, sino a su hijo, obligado a servir con las armas en momentos de movilización general? El doctor Marañón, víctima sin duda del amor paterno, ha perdido una gran ocasión de mostrar la calidad aristocrática de su silencio y otras muchas cualidades. La delicadeza más elemental le obligaba a callar, pero su afán de sinceridad rompía todos los diques de la discreción y no era justo expresar al público francés media verdad que parecía mentira, y si su consciencia de español está en carne viva, si la tragedia de su patria le lleva tranquilo y angustiado hacia la España de Franco, en esa misma tierra podrá encontrar un caso ejemplar a que atener su conducta, el de Unamuno, muerto de dolor, de vergüenza, de asco, en la atmósfera irrespirable, asfixiante de la Salamanca fascista.—Marqués, Jacinto Benavente (1), Antonio Machado, Victorio Macho, P. Carreño, José F. Montesinos, León Felipe y Navarro Tomás.

Valencia, marzo 1937.

(1) Este mismo manifiesto podría ser publicado ahora contra Benavente, comensal hoy de la misma olla que Marañón.

POETAS DE AYER Y DE HOY

LUZ DE LO ALTO

Entre las tinieblas
De la oscura noche
Reluce muy lejos en una majada,
La hoguera que encienden algunos pastores
Que brilla en las lindes
Del negro horizonte,
Y a ratos vacila
Y a ratos se esconde.

Ranas y alacranes
Lanzan en las sombras su chirrido torpe,
Al que sólo la parda zumaya
Con su estúpido canto responde,
Perturbando la augusta armonía
La calma, el silencio y la quietud de la noche.

Las brillantes estrellas del carro
Las que marcan el rumbo del norte,
Del cenit arrojan
Vivos resplandores,
Que al viandante nocturno conducen
Y en derecho camino lo ponen.

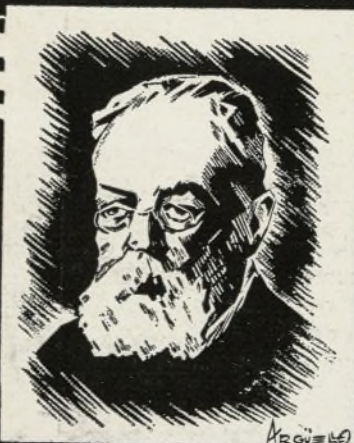
Entre las tinieblas
De la oscura noche,
Con paso inseguro
Caminan los hombres,
Confiando en la luz de la hoguera
Que lejos encienden algunos pastores,
Que brilla indecisa
Y a ratos vacila y a ratos se esconde.
Por sendas y trochas
Tropezando y cayendo, recorren
El campo anchuroso,
Y el silencio rompen
Tal vez con gemidos,
Tal vez con canciones
Que alacranes y ranas corean
Con chirrido torpe.

Tropezando y cayendo caminan
La vista en los prietos y oscuros terrones
Sin que un punto piensen
Sus mentes cerradas, rastreras y torpes
En alzar la cabeza hacia el cenit
Donde lanzan sus vivos fulgores
Las siete brillantes estrellas del carro
Que marcan, seguras, el rumbo del Norte...

F. NAVARRO Y LEDESMA

Anselmo Lorenzo

EL PROLETARIADO *Militante origen del* Sindicalismo



Ediciones M.L.E.-C.N.T.

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, 250 francos.

¡PRONTA APARICION!

"La C.N.T. en la Revolución Española"

por José PEIRATS

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCECOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, TOULOUSE (H.-G.).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid